

LA POLÍTICA Y LA VIOLENCIA EN COLOMBIA (1946-1965): INTERPRETACIONES EN LA DÉCADA DE LOS OCHENTA^{1 2}

Catherine LeGrand³

*This article presents an historiographical evaluation of the most important studies concerning "la violencia" in Colombia during the past 15 years. The author analyzes the scholarship on the violence, first, through general studies of Colombia socio-economic conditions and political parties during the 1940s. Next, LeGrand discusses the most important regional studies which analyze the relationship between local, regional and national power. She debates the various theses of the violence and classifies these studies according to the pre-existing perspectives concerning the phenomenon of the violence. Additionally, the article introduces new questions and topics which the author deems important for future research. The article concludes with an "appendix" written by Herbert Braun resulting in a lively debate between the author of *The Assassination of Gaitán* (Mataron a Gaitán) and LeGrand.*

Entre 1946 y 1965, Colombia experimentó un periodo de intensa violencia en el cual murieron 200.000 personas. Conocido como "la violencia", éste fue el más sangriento episodio de la historia latinoamericana después de la Revolución Mexicana. Aún así, las causas, evolución y consecuencias del conflicto son todavía solo parcialmente conocidas. Este ensayo reseña algunos debates característicos de un periodo crítico de estudios sobre la violencia en la década de 1980,

debates que continúan influenciando los trabajos más recientes.

Durante los años 50 y 60, la mayoría de los analistas colombianos y norteamericanos tendieron a explicar la violencia en términos de un resurgimiento del conflicto entre los partidos Liberal y Conservador a nivel nacional, el cual precipitó además una exaltación de las tensiones políticas locales. Los liberales culparon a los conservadores por el derramamiento de sangre, y

1 Traducción de María Adelaida Farah Q. y Alberto G. Flórez Malagón.

2 La autora agradece al politólogo Phillip Oxhorn sus útiles comentarios y sugerencias.

3 Departamento de Historia McGill University, Montreal, Canadá.

los conservadores culparon a los liberales. El tema era demasiado actual y sensible como para moverse más allá del sectarismo apasionado⁴.

Sólo en la década 1978-1988 los intentos por explicar la violencia se volvieron más sofisticados y matizados. Esto se produjo por la confluencia de varias circunstancias. Por primera vez en los años 70, hizo su aparición un núcleo profesional de historiadores y científicos sociales, muchos de los cuales siguieron estudios de posgrado en Europa y Estados Unidos. Estos representaban una nueva generación que tenía entre treinta y cuarenta y cinco años, gente de clase media que vivió la época de la violencia como niños, pero que no tomó una posición partidaria personal en sus trabajos.

Dándole sentido a su pasado, estos jóvenes colombianos buscaron nuevas herramientas para entender el presente. Los problemas generados en los años cincuenta y sesenta, "la guerrilla, los aparatos paramilitares, la amnistía, la paz, la rehabilitación, la reforma agraria, la reforma política, y la revolución"⁵ coincidieron con las más importantes preocupaciones de los años ochenta, cuando la violencia comenzó de nuevo. Aunque la nueva violencia tomó diferentes formas, muchos colombianos intentaron comprender lo que

estaba sucediendo, recuperando los temas del período precedente. La creciente atención popular hacia la violencia de los años cincuenta se manifestó en los muchos libros sobre el tema que aparecieron en las listas de los más vendidos; en la vasta audiencia de televidentes que vio la recreación documental del "Bogotazo, difundida en 1985; y en las muchas personas, incluyendo estudiantes, periodistas, directores cinematográficos, activistas por los derechos humanos, representantes de sindicatos y de campesinos, quienes asistieron a los primeros seminarios nacionales sobre la violencia, realizados en 1982 y 1985.

Al mismo tiempo, los jóvenes profesionales de la historia y de las ciencias sociales, socialmente comprometidos, dirigieron su atención más allá de las transformaciones socioeconómicas de los años veinte y treinta (las cuales los habían ocupado hacia la mitad de la década del setenta) hacia los años de la violencia. Después de 1978, la violencia de los años cincuenta se convirtió en el foco central de la investigación histórica sobre el siglo veinte en Colombia. Esta preocupación duró hasta el cierre de la década de los ochenta, cuando muchos investigadores que habían sido pioneros de la nueva historia de la violencia se embarcaron en la búsqueda de soluciones a la violencia presente, que ya entonces absorbía al país⁶.

4 Para revisiones de estas primeras interpretaciones de la violencia, ver Paul Oquist, *Violence, Conflict, and Politics in Colombia* (New York: Academic Press, 1980), 129-33; Russell Ramsey, "A Critical Bibliography on La violencia en Colombia", *Latin American Research Review* 8:1 (1973), 3-44; y Gonzalo Sánchez G., "La violencia in Colombia: New Research, New Questions", *Hispanic American Historical Review* 65:4 (1985), 793-94, reimpresso como "Los estudios sobre la violencia: Balance y perspectivas", en Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, eds., *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (Bogotá: Fondo Editorial Cerec, 1986), 11-30. Sobre la historiografía de la violencia véase además Mary Jean Roldán, "Genesis and Evolution of La violencia in Antioquia, Colombia (1900-1953)" (Ph.D. diss., Harvard University, 1992), 1-66; Ricardo Peñaranda, "Conclusion: Surveying the Literature on the Violence", en Charles Bergquist, Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez, eds., *Violence in Colombia: The Contemporary Crisis in Historical Perspective* (Wilmington, Del.: Scholarly Resources, 1992), 293-314; Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, "Historiografía de la violencia", en Bernardo Tovar Zambrano, ed., *La historia al final del milenio: Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, vol.1 (Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 1994), 371-424; y Guillermo Cardona Grisales, "Para un estudio sobre la violencia en Colombia: Bibliografía", *Documentos Ocasionales de Cinep*, No. 55 (Bogotá, 1989).

5 Sánchez G., "Los estudios sobre la violencia", 21.

Para comprender las interpretaciones de los años ochenta, nuestra discusión debe además incluir las contribuciones de varios investigadores extranjeros con larga experiencia en las temáticas colombianas. Dado que estos individuos estuvieron involucrados en permanentes intercambios intelectuales con sus colegas colombianos y dado que apareció una mayor audiencia para este tipo de escritos, sus tesis doctorales fueron publicadas en español por editoriales colombianas, convirtiéndose en parte integral de los debates en curso.

Tomados en conjunto, los innovadores escritos de los años ochenta sobre la violencia dieron nuevas luces sobre lo que, hoy empezamos a entender, fue un extraordinario y complejo fenómeno con diversas expresiones regionales. Al mismo tiempo que estos estudios exploraron las tensiones y estrategias socioeconómicas, también señalaron formas innovadoras de entender la política y la violencia. Este ensayo reseña algunos de los mejores trabajos de la década de los ochenta sobre la violencia escritos por politólogos, historiadores, sociólogos, y antropólogos, con especial referencia a la cuestión política.

Las primeras interpretaciones de la violencia hicieron énfasis en el conflicto entre las élites de los partidos Liberal y Conserva-

dor como la principal causa de la lucha. Dicho conflicto precipitó una ruptura en la política civil a nivel nacional. Las principales tendencias en los últimos veinte años han sido: 1) introducir la noción de Estado; y 2) explorar la evolución interna de los partidos políticos, particularmente con respecto al movimiento gaitanista y a los lazos entre las esferas nacional y local. Aquí me concentraré en las aproximaciones analíticas y en los debates que surgieron dentro de cada una de estas amplias áreas temáticas.

Esta es una empresa valiosa porque los autores de los más influyentes trabajos rara vez se relacionan explícitamente entre sí. Mi intención es enfatizar las áreas de acuerdo y desacuerdo entre dichos autores y, al mismo tiempo, llamar la atención sobre las preguntas más amplias que orientaron las investigaciones de los años ochenta. Esto incluye preguntas acerca de las repercusiones de los cambios socioeconómicos, la fortaleza o debilidad del Estado, las representaciones políticas, el papel de los sectores bajos y medios en la política, y los factores normativos y culturales que subyacen al conflicto. Como una contribución a la sociología del conocimiento, además intentaré, en la medida de lo posible, bosquejar el contexto de esta generación de académicos nacionales y ex-

- 6 El evento que marcó el cambio de foco de la violencia de los años cincuenta al estudio de la historia presente fue la comisión gubernamental, conformada por académicos que habían estudiado los años cincuenta y las guerras civiles del siglo pasado, cuyo objetivo fue diagnosticar los problemas actuales. Su influyente reporte fue publicado como: Comisión de estudios sobre la violencia, **Colombia: violencia y democracia (informe presentado al Ministerio de Gobierno)** (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Colciencias, 1987). Más recientemente se publicó otro informe que continuaba al primero: Comisión de superación de la violencia, **Pacificar la Paz: Lo que no se ha negociado en los acuerdos de paz** (Bogotá: Instituto de Estudios Políticos, Cinep, Comisión Andina de Juristas, Cecoin, 1992). También al final de la década de los ochenta Marco Palacios, entonces rector de la Universidad Nacional en Bogotá, creó un "think tank", el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, donde se agruparon los intelectuales estudiosos de la violencia actual. Muchos de los mejores trabajos académicos sobre la violencia presente son publicados por el instituto en forma de libros y en su revista **Análisis Político**, impresa en la Universidad Nacional. Excelentes análisis han aparecido también en la **Revista Foro**, y en las publicaciones del Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep) dirigido por la comunidad Jesuita. Importantes grupos de investigación para el análisis de la violencia actual existen, entre otros, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle en Cali y en la Universidad de Antioquia en Medellín. La mayoría de los estudios sobre la violencia de los años cincuenta publicados en la década de los noventa fueron escritos por estudiantes de los investigadores activos en los años ochenta, muchos de los cuales enseñaron en la Universidad Nacional en Bogotá o en la Universidad de Antioquia.

tranjeros quienes abrieron nuevas perspectivas en el estudio de la violencia.

EL DERRUMBE DEL ESTADO

Las interpretaciones de los años ochenta comenzaron con el libro *Violencia, conflicto, y política en Colombia* de Paul Oquist, publicado en Colombia en 1978 y en los Estados Unidos en 1980. Este libro es una versión revisada de su disertación doctoral de la Universidad de California en Berkeley. Fue el resultado de varios años de investigación al comienzo de los años setenta, tiempo durante el cual Oquist enseñó ciencia política en la Universidad de Los Andes en Bogotá⁷. Este libro es la única interpretación general de las causas de la violencia disponible en inglés.

La contribución de Oquist fue introducir a la discusión la noción del Estado. De acuerdo con el autor, en los años treinta y cuarenta el Estado colombiano se fortaleció y comenzó a asumir un papel intervencionista en la economía, como sucedió igualmente en otros países latinoamericanos. En la medida en que el acceso al Estado como mecanismo para generar ganancias llegó a ser crucial para la empresa privada, la rivalidad entre los partidos políticos se intensificó. El control del gobierno central llegó a ser esencial para conservadores y liberales porque, de acuerdo con las reglas tradicionales del juego, cualquier partido que estuviera en el poder excluía al otro debido al clientelismo político y económico. La concentración del poder en el Estado intensificó las tensiones partidistas entre las élites hasta el punto que explotó la guerra abierta, precipitando un "derrumbe parcial" del Estado. Como la capacidad del Estado para

estructurar relaciones sociales y para reprimir conflictos fue removida de repente, las tensiones socioeconómicas, hasta ahora contenidas, se expresaron más fuertemente. De acuerdo a Oquist, la expansión del poder del Estado dentro del contexto del sectarismo tradicional liberal-conservador fue entonces la raíz de la violencia. Los conflictos socioeconómicos proyectados por el vacío institucional tomaron una gran diversidad de formas según las regiones.

La interpretación de Oquist ha sido retada desde varias perspectivas. La primera área de controversia se centra en el argumento de Oquist de que el Estado colombiano se fue fortaleciendo en los años cuarenta y que el acceso a beneficios económicos a través de subsidios o asignaciones presupuestales del Estado dependía de la pertenencia partidista.

El historiador colombiano Bernardo Tovar, el sociólogo francés Daniel Pécaut, y el científico político norteamericano Jonathan Hartlyn sostienen que el Estado colombiano nunca fue fuerte. Aunque la administración del presidente Alfonso López Pumarejo (1934-38) colocó en su lugar los mecanismos legales para permitir la intervención del Estado en las esferas económica y social, la intervención y regulación del Estado nunca fueron tan importantes en Colombia como en otros países latinoamericanos⁸. El Estado colombiano no fue, de ninguna manera, exclusivamente controlado por los partidos políticos.

El libro de Jonathan Hartlyn sobre la democracia "consociativa" en Colombia subraya la importancia de las asociaciones de productores privados que reunieron a

7 Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia* (Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos, 1978) y *Violence, Conflict, and Politics in Colombia* (New York: Academic Press, 1980). Oquist más tarde trabajó para la Organización de las Naciones Unidas en Ecuador y luego fue a Nicaragua donde se convirtió en ciudadano nicaraguense y en miembro del gobierno sandinista.

8 Ver: Bernardo Tovar Zambrano, *La intervención económica del estado en Colombia, 1914-1936*. (Bogotá: Banco Popular, 1984) y *idem*, "Modernización y desarrollo desigual en la intervención estatal, 1914-1946", en Sánchez y Peñaranda, eds., *Pasado y presente de la violencia*, 167-82. Las referencias de Hartlyn y Pécaut aparecen en las notas que siguen.

miembros de ambos partidos políticos⁹. Tales gremios actuaron para obtener del gobierno políticas económicas en su favor, y muchos tuvieron un papel directo en la formulación de dichas políticas. Así el Estado colombiano fue permeable a los grupos de intereses privados que traspasaron las líneas de los partidos políticos. Aunque esos gremios de productores proliferaron en los años cincuenta y sesenta, sus prototipos existían ya en los años treinta y cuarenta en la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), La Federación de Cafeteros (Fedecafé), y la Asociación Nacional de Industriales (Andi). Daniel Pécaut y Jonathan Hartlyn sostienen que las élites liberales y conservadoras estaban de acuerdo sobre la política económica y que ellas mostraron una colaboración pragmática bipartidista cuando sus intereses económicos estaban en juego. Así, estos autores cuestionan el supuesto de

Oquist de la primacía y la rigidez de las identificaciones partidistas, y sus descubrimientos generaron dudas sobre el argumento de que la causa del conflicto partidista en los años cuarenta estaba exclusivamente basada en una competencia entre partidos por el patrocinio económico del Estado. De acuerdo con Pécaut y Hartlyn, no fue suficiente la fortaleza del Estado para determinar las fortunas económicas, ni tampoco los intereses económicos de la élite estuvieron separados a partir de divisiones partidistas¹⁰.

Daniel Pécaut provee una explicación alternativa a la de Oquist acerca de la violencia en la cual se resaltan las implicaciones sociales de la intervención del Estado. Escrita bajo la dirección del sociólogo francés Alain Touraine, más o menos al mismo tiempo que el trabajo de Oquist, la versión revisada de su trabajo de *doctorat d'état* fue publicado en 1987 en París y en Bogotá¹¹.

-
- 9 Jonathan Hartlyn, "Consociational Politics in Colombia: Confrontation and Accommodation in Comparative Perspective" (Ph.D. diss., Yale University, 1981) publicada como **The Politics of Coalition Rule in Colombia** (Cambridge: Cambridge University Press, 1988). Ver también: Hartlyn, "Producer Associations, the Political Regime, and Policy Processes in Contemporary Colombia", **Latin American Research Review** 20:3 (1985), 111-38.
- 10 Ver Hartlyn, **Politics of Coalition Rule**; y Daniel Pécaut, "De las violencias a la violencia", en Sánchez y Peñaranda, eds., **Pasado y presente**, 185-88. Un importante trabajo reciente sobre este tema es Eduardo Sáenz Rovner, **La ofensiva empresarial: Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia** (Bogotá: Tercer Mundo, 1992). Ver además Christopher London, "The Cultural Politics of Technical Changes in Colombian Coffee Production" (Tesis de Maestría, Departamento de Sociología Rural, Cornell University, 1994).
- 11 Daniel Pécaut, **L'Ordre et la Violence: évolution socio-politique de la Colombie entre 1930 et 1953** (Paris: Editions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1987); y **Orden y violencia: Colombia, 1930-1954**, 2 vols. (Bogotá, Siglo XXI y Fondo Editorial Cerec, 1987). Reseñas útiles del libro de Pécaut aparecieron en **The Canadian Journal of Political Science** 21 (1988), 422-24 (por Graciela Ducatenzeiler); **Revista de Estudios Colombianos** 4 (1987), 61-62 (por Catherine LeGrand); y **El Espectador**, Magazin Dominical no. 238, Oct. 18, 1987, 4-6 (por Gonzalo Sánchez). Artículos relevantes de Pécaut incluyen: "Reflexiones sobre el fenómeno de la violencia", en **Once ensayos sobre la violencia** (Bogotá: Fondo Editorial Cerec y Centro Gaitán, 1985), 172-88; "Guérillas et violence: le cas de la Colombie", **Sociologie du Travail** no. 4 (1986), 484-505; y "Guerrillas and Violence", en Bergquist et al., eds., **Violence in Colombia**, 217-39. Otros libros de Pécaut incluyen **Política y sindicalismo en Colombia** (Bogotá: La Carreta, 1973); **Les intellectuels au Brésil: de la construction de la société a celle de la démocratie** (Paris: Centre d'Etudes des Mouvements Sociaux, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1986); y **Crónica de dos décadas de política colombiana, 1968-1988** (Bogotá: Siglo XXI, 1988). Recientemente este autor ha hecho investigación sobre la violencia actual, y algunos de sus resultados aparecieron en la revista francesa, **Problèmes de l'Amérique Latine**. Pécaut ha trabajado sobre Colombia desde los años sesenta. Como director del Centre d'Etudes des Mouvements Sociaux en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales en París, él ha facilitado contactos entre los investigadores franceses y colombianos, invitando a algunos de estos últimos a París y supervisando a algunos estudiantes colombianos de posgrado.

Pécaut sostiene que en los años treinta, el Estado colombiano buscó la legitimidad presentándose como el garante del interés general contra los intereses particulares. Los gobiernos estimularon a los trabajadores urbanos a organizarse y, por primera vez, pareció extenderse a las clases desposeídas la posibilidad de la ciudadanía política. Aunque el Estado no aumentó de manera significativa su poder social o económico, el discurso político y las reformas legales le dieron una capacidad mediadora; los hombres de Estado avanzaron en la idea de un sistema político de inclusión de todos los grupos sociales el cual dotaría a dichos grupos de canales de representación política.

Al final de la década de los años treinta y comienzos de los cuarenta, este proceso de incorporación simbólica se invirtió. Las élites económicas liberales y conservadoras nunca habían consentido en delegar el poder real al Estado. Desde el final de los años treinta, y de allí en adelante, las élites de ambos partidos promovieron el retorno a los modelos liberales de la economía y de la sociedad (esto es, a modelos de no regulación). Durante un periodo de creciente movilización social, los canales institucionales creados por el presidente López Pumarejo fueron desmantelados aquellos mismos canales que hubieran permitido encontrar una expresión política a los conflictos sociales. El resultado fue una crisis del orden político: las normas de la incorporación política se desmoronaron, pero nada las reemplazó. Mientras tanto, los ideólogos conservadores y liberales comenzaron a enunciar visiones congruentes pero opuestas que negaban la promesa de inclusión social y de ciudadanía política, propia de los años treinta. En cambio, ellas presentaban a Colombia como irrevocablemente dividida entre dos partidos y entre la clase alta "civilizada" y los "bárbaros". Al final de los cuarenta un Estado con poca influencia en una economía manejada privada-

mente y sin poderes de arbitraje social no podía legitimarse. En otras partes de Latinoamérica, dice Pécaut, un afianzamiento similar del liberalismo económico y de tácticas de exclusión dieron origen a regímenes autoritarios; en Colombia ocurrió lo opuesto: el Estado se disolvió.

Y la violencia comenzó. Lo político y lo social se desconectaron completamente. El país se dividió por antagonismos partidistas sin ninguna relación con las divisiones sociales, y los antagonismos sociales quedaron sin acceso a la esfera política. Lo público se privatizó y las diferencias individuales fueron resueltas por la fuerza. La privatización y la fragmentación del poder alcanzaron tales niveles que la acción organizada en pos de fines comunes ya no fue posible. A lo largo de Colombia, los conflictos se disolvieron en estrategias individuales para sobrevivir o avanzar utilizando mecanismos violentos.

Entonces, de acuerdo a Pécaut, la violencia no fue ni revolucionaria ni contrarrevolucionaria. Más bien, significó la profunda desorganización de los actores y movimientos sociales que no podían expresarse coherentemente en la ausencia de un Estado organizado. Bajo tales condiciones de extrema inseguridad y desorganización social, la población rural naturalmente buscó refugio en sus viejos grupos sociales, los partidos Liberal y Conservador. El refuerzo de las identificaciones partidistas al nivel local fue el resultado, no la causa, de la violencia.

En suma, tanto Oquist como Pécaut apuntan a la crisis del Estado como la causa primera de la violencia, pero ellos difieren en sus explicaciones acerca de las razones por las cuales surge tal crisis y en la periodización de la misma. Oquist ve un Estado que aumenta constantemente su poder y un agudo conflicto partidista alrededor de los beneficios económicos del mismo, con la repentina disminución del

poder de ese Estado ocurrido entre 1947-48. En contraste, Pécaut apunta hacia un debilitamiento gradual del Estado desde comienzos de los años cuarenta, resultado de los acuerdos de la élite bipartidista para promover ideologías liberales de desarrollo y límites en la intervención estatal sobre las esferas económica y social. Los temas que aquí se debaten son el poder relativo del Estado y su relación con los partidos políticos.

Al ir más allá de las preguntas planteadas por Oquist, el trabajo de Pécaut introduce dos nuevos elementos en la búsqueda de una explicación de la violencia. Primero, Pécaut enfatiza sobre la fuerza motriz de los símbolos y de las conceptualizaciones políticas, lo que él llama "representaciones de lo político"¹². Así, él argumenta que el Estado colombiano no fue nunca fuerte, pero que el cambio de una retórica de la inclusión política (y unos pocos gestos en esa dirección) al hecho de la exclusión de las clases populares fue importante para precipitar la violencia. La segunda contribución de Pécaut está en enfocar la atención en la relación entre las clases altas y bajas. La ofensiva de la élite contra las organizaciones obreras desde 1944 desorganizó al trabajador urbano y desplazó la acción política hacia las áreas rurales. Al mismo tiempo, nos dice Pécaut, miembros de la élite colombiana comenzaron a expresar gran temor hacia un grupo subordinado, "bárbaro", irrevocablemente separado del mundo civilizado que ellos habitaban. Los grupos más bajos no fueron vistos más como ciudadanos potenciales, ni fueron percibidos como una clase social competitiva. La visión de una subclase "salvaje" -tal vez una reflexión de la propia agresividad de las éli-

tes- llegó a ser una profecía que se hizo realidad durante la violencia.

GAITANISMO

La pregunta que Pécaut hace de la relación entre las élites y los sectores de trabajadores es el foco de la segunda área importante del debate en los escritos sobre la violencia de los años ochenta. Este debate se centra en el significado del Gaitanismo, el movimiento reformista dentro del partido Liberal encabezado por el gran político populista, Jorge Eliécer Gaitán. El asesinato de Gaitán en Abril 9 de 1948 precipitó el levantamiento urbano más grande en la historia de Latinoamérica, el Bogotazo. Algunos investigadores sostienen que la violencia comenzó con la muerte de Gaitán, mientras otros dicen que su muerte planteó una intensificación crítica del proceso que había comenzado cuando los liberales perdieron ante los conservadores en las elecciones nacionales de 1946.

El nuevo interés en Gaitán cuestiona desde otro ángulo la afirmación que hace Oquist sobre la rigidez partidista de los partidos Liberal y Conservador durante los años cuarenta. Gonzalo Sánchez, en particular, enfatiza la importancia de entender la transformación que Gaitán hizo del partido Liberal desde adentro, si se quiere entender la violencia. Sánchez es tal vez el más innovador de los nuevos historiadores. Hijo de un campesino de El Líbano, Tolima (el municipio más afectado por la violencia), Sánchez estudió derecho y después ciencias políticas en Inglaterra antes de regresar a Colombia para investigar la violencia a mediados de los años setenta. A través de sus seminarios en la Universidad Nacional en Bogotá y a través de sus

12 Ver Pécaut, "De las violencias a la violencia", en Sánchez y Peñaranda, eds., *Pasado y Presente*, 190-93. El trabajo de Pécaut se alimenta de las ideas de Claude Lefort y François Furet.

escritos, él ha sentado las bases para la nueva historia de la violencia¹³.

En *Los días de la revolución*, donde se detalla la reacción al asesinato de Gaitán fuera de Bogotá, Sánchez argumenta que el movimiento Gaitanista significó la irrupción de la política de clase en el escenario colombiano¹⁴. Sánchez está en desacuerdo con Pécaut, que percibe un consenso de la élite liberal-conservadora acerca de políticas sociales y económicas, y con Oquist, que descubre el conflicto partidista alrededor del acceso económico al Estado. De acuerdo con Sánchez, el único factor que dividió la cúpula liberal y conservadora en los años cuarenta fue la cuestión de cómo responder a las clases trabajadoras la aún no resuelta "cuestión social". En este contexto, Gaitán representó algo enteramente nuevo: el primer esfuerzo para movilizar las clases populares (la clase media baja, los trabajadores, y los campesinos), en palabras de Gaitán, en oposición a la "oligarquía, los monopolios, y el capital extranjero". La movilización de clase comenzó a desbordar los límites estrechos de la identificación partidista y a minar los mecanismos tradicionales del clientelismo y gamonalismo por medio de los cuales las élites partidistas habían mantenido la tradición señorial. El viejo sistema de partidos entró en crisis a medida que los sectores trabajadores comenzaron gradualmente a separarse de él. De acuerdo con Sánchez, Gaitán representó una alternativa democrática: su movimiento representó la posibilidad de que aquellos que habían si-

do excluidos ahora podían ejercer influencia política directa, y que aquellos que habían sido controlados ahora podían hablar por sí mismos.

Las masas tomaron muy en serio la retórica de Gaitán. Cuando el 9 de abril de 1948, la radio difundió la espantosa noticia del asesinato del líder, los seguidores de Gaitán en toda Colombia se levantaron en armas. Esto, de acuerdo con Sánchez, fue una coyuntura revolucionaria: los gaitanistas cuestionaron el poder del Estado; y tomaron acción directa para establecer órganos paralelos de poder, los cuales contenían los gérmenes de un nuevo orden.

Sánchez dice que Gaitán intentaba el uso de las estructuras partidistas como "elementos cohesionadores" para fomentar el surgimiento de una nueva identidad nacional¹⁵. Sin embargo, el hecho de que él trabajó desde el partido Liberal, y el hecho de que el Bogotazo tomó la forma de grupos liberales protestando contra conservadores, facilitó la reafirmación del control de la élite a través de los canales tradicionales de los partidos. La reafirmación del orden, fraguada en el Capitolio a través del compromiso de la élite partidista, pronto se extendió a las provincias.

Sánchez ve los orígenes de la violencia en una reacción contra un movimiento potencialmente revolucionario -el movimiento gaitanista- destruido en las primeras semanas de abril de 1948 por la muerte del líder y por el fracaso del levantamiento en Bogotá. Lo que había sucedido el 9 de abril no

- 13 Quizás el más prominente de los "violentólogos" colombianos, Gonzalo Sánchez Gómez es un investigador y escritor prolífico. Aparte de los trabajos analizados en este ensayo, él ha escrito *Los "Bolcheviques del Líbano"* (Tolima), (Bogotá: Ediciones El Mohán, 1976); "La violencia y sus efectos en el sistema político colombiano", *Cuadernos Colombianos* 9 (Enero-Abril 1976); *Las Ligas campesinas en Colombia* (Bogotá: Editorial Tiempo Presente, 1977); *Ensayos de historia social y política del siglo XX* (Bogotá: El Áncora Editores, 1991); y "The Violence: An Interpretive Synthesis", en Bergquist et al., eds., *Violence in Colombia*, 75-124, lo mismo que numerosos artículos. Actualmente está vinculado al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá.
- 14 Gonzalo Sánchez, *Los días de la revolución: Gaitanismo y 9 de abril en provincia* (Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán, 1983), esp. 5-20, 153-62.
- 15 Sánchez, *Los días*, 134. Aquí Sánchez cita un comentario de María Teresa Findji.

fue olvidado. En las primeras etapas de la violencia, los conservadores no atacaron a todos los liberales, sino principalmente a los gaitanistas y particularmente a quienes habían participado en la "insurrección nacional"¹⁶ del 9 de abril. Sánchez así sugiere que la violencia fue consecuencia de una revolución fracasada: "La violencia de los años cincuenta reproduce por otro camino el enfrentamiento de clase fundamental que se venía incubando antes del asesinato de Gaitán"¹⁷.

La interpretación de Sánchez del Gaitanismo como un importante movimiento para el cambio social es debatida por Herbert Braun en su estudio del Bogotazo titulado *Mataron a Gaitán*¹⁸ Hijo de un ferretero inmigrante alemán de Bogotá, Braun ha escrito un rico y complejo recuento de las "reglas" de la política y cómo ellas cambiaron con el ascenso de Gaitán en los años treinta y cuarenta. Según Braun, la política en Colombia tenía poco que ver con programas o metas específicas: más bien ella expresaba una visión del correcto ordenamiento de la sociedad. La práctica de la política fue una actuación casi teatral a través de la cual los caballeros impartieron ejemplos de civilización y moral a las clases subalternas, que estaban allí para recibir sus lecciones con deferencia.

La descripción de Braun de los supuestos y la etiqueta de esos caballeros-políticos de buenas maneras nos introduce casi antropológicamente a otro mundo, un mundo colombiano que tenía más en común con la

Inglaterra del siglo XVIII que con la informalidad y el desorden de la vida política de los Estados Unidos en el siglo XX. Particularmente interesante es el énfasis que Braun hace sobre la dimensión moral de la política. Esta noción es fundamental para su trabajo: en el mismo sentido que E.P. Thompson se refirió a la economía moral de la Inglaterra pre-industrial¹⁹, nosotros podríamos hablar aquí de la política moral de la Colombia precapitalista.

Braun cree que los liberales y conservadores de las clases más altas compartían un entendimiento de cómo la política debía ser practicada, y él está de acuerdo con los autores analizados más arriba en que no hubo diferencias ideológicas reales que dividieran a los liberales y conservadores en los años treinta y comienzos de los cuarenta. Como Sánchez, Braun dice que el único factor político que generó importantes diferencias de opinión fue la cuestión del papel de los sectores populares en la política; esto es, el grado hasta el cual la movilización popular podía ser permitida o, alternativamente, estimulada y las formas de organización a través de las cuales debía ser canalizada. Braun ubica el significado de Gaitán en la ruptura de la política elitista de civilidad que distinguió las esferas pública y privada, y en la emergencia de una sociedad capitalista más competitiva en la cual lo privado y lo público se opacaron y el mérito individual tomó la delantera.

En contraste con Sánchez, Braun no asocia a Gaitán con la movilización de clase.

16 Ibid., 19

17 Ibid., 161.

18 Herbert Braun, *The Assassination of Gaitán: Public Life and Urban Violence in Colombia* (Madison: University of Wisconsin Press, 1985) y *Mataron a Gaitán: Vida pública y violencia urbana en Colombia* (Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 1987). Una estimulante reseña de este libro es la de Michael Taussig en *American Ethnologist* 14:2 (Mayo 1987), 387-90. Ver también Braun, "Los mundos del 9 de abril o la historia vista desde la culata", en Sánchez y Peñaranda, eds., *Pasado y presente*, 195-232; y "Nosotros y los otros: Reflexiones sobre la violencia en Colombia", *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Junio 22, 1986. Braun ha escrito también un estudio sobre la violencia actual: *Our Guerrillas, Our Sidewalks: A Journey into the Violence of Colombia* (Niwot: University Press of Colorado, 1994). El enseña historia en la Universidad de Virginia.

19 E. P. Thompson, "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century", *Past and Present* 50 (Febrero 1971), 76-136.

Braun encuentra a Gaitán como un hombre de su tiempo que aceptó los valores de sus contemporáneos. El estilo político de Gaitán pudo haber sido innovador, pero Braun indica que la actitud de Gaitán hacia las clases trabajadoras fue fundamentalmente conservadora. El creía en la armonía social y en el orden y pensó que dichas clases necesitaban ser guiadas por la pequeña burguesía. El se opuso al conflicto de clases y nunca apeló a una conciencia de clase. Como sus contemporáneos, él creía que el cambio social significaba alterar el comportamiento y las actitudes individuales, enseñando a sus seguidores a ser limpios, saludables, y "civilizados". Con sus tácticas de presencia en la calle, según Braun, Gaitán ofreció a sus seguidores solamente una inclusión simbólica en la política.

Braun interpreta el Bogotazo como una gran y casi ritual explosión de dolor en la cual la multitud finalmente se apropió de la esfera pública y simbólicamente invirtió el orden social jerárquico establecido. Pero él no encuentra en el Bogotazo metas políticas ni ningún intento por tomar el poder o por forzar un cambio en el gobierno. Más bien, dice Braun, la multitud vio el asesinato de Gaitán como una violación al orden moral y, apelando al gobierno, buscó la restauración de ese orden²⁰.

El análisis de Braun de la compleja, a menudo contradictoria figura de Gaitán

dentro de su ambiente político, concluye que él no planteaba una amenaza revolucionaria en el significado contemporáneo del término. Braun argumenta que la amenaza que Gaitán representaba -y una muy real como la percibía la élite política²¹- era la del surgimiento de una clase media en contra de los financistas ricos y de los especuladores.

Al mismo tiempo Gaitán señaló un cambio en las normas políticas: él anunció el fin de la política para unos pocos, el fin de la ilusión de que las élites partidistas representaban el interés general. En contraste, él defendió una nación definida por las necesidades privadas de sus ciudadanos; el representó una transición hacia una legitimidad competitiva, electoral y civilista. Detrás de esta transición estaba la realidad de una población más educada, urbana y preocupada por la participación, un pueblo con el cual Gaitán se comunicó en forma nueva y directa.

En este contexto el Bogotazo fue un evento simbólico de gran envergadura. Para las élites, el levantamiento despertó el aterrador espectro de las clases populares fuera de control. El temor de las élites a la confrontación entre las clases era muy fuerte; el ideal de una minoría política civilizada instruyendo a un deferente y obediente grupo trabajador no tuvo ya ningún sustento. Los revoltosos parecían ser bárbaros ingobernables. Ya no había ninguna forma de

- 20 El estudio metodológicamente innovador de Braun sobre el comportamiento de la multitud en el Bogotazo sirvió de base para posteriores estudios de levantamientos urbanos y protestas callejeras en América Latina. Ver Daniel James, "October 17th and 18th, 1945: Mass Protest, Peronism, and the Argentine Working Class", *Journal of Social History* 21 (Primavera 1988), 441-61; Silvia Arrom y Servando Ortoll, eds., *Riots in the Cities: Popular Politics and the Urban Poor in Latin America, 1765-1910* (Wilmington, Del.: Scholarly Resources, 1996); y los trabajos de Braun sobre el movimiento estudiantil mexicano de 1968, "El 9 de abril y el 2 de octubre en México: Meditaciones metahistóricas a partir de dos momentos coyunturales," *Revista de la Universidad Nacional de Colombia*, No. 17-18 (Mayo-Agosto 1988), 46-51, y "Protests of Engagement: Dignity, False Love and Self-Love in Mexico, 1968," *Comparative Studies in Society and History* (por publicarse).
- 21 La pregunta sobre las percepciones de la élite acerca de la emergencia de las clases medias y bajas en la escena política es muy importante. Ver, por ejemplo, Paul W. Drake, "The Political Responses of the Chilean Upper Class to the Great Depression and the Threat of Socialism, 1931-33", en Frederic Cople Jaher, ed., *The Rich, the Well Born, and the Powerful: Elites and Upper Classes in History* (Urbana: University of Illinois Press, 1973), 304-37.

comunicarse con ellos, así que las élites se retiraron; abdicaron de sus deberes públicos, ahora vacíos y sin sentido.

¿Cómo interpreta Braun, entonces, las causas de la violencia? El es renuente a trazar conexiones explícitas. Sin embargo, parece sugerir que el colapso gradual del viejo orden político, una resultante natural de los cambios económicos de los años treinta y los cuarenta, permitió a los conflictos locales (hasta ese momento, esporádicos y parciales) que llegaran a generalizarse. Experimentando una crisis traumatizante, las élites liberales y conservadoras reaccionaron volviéndose unas contra otras y culpando a las temidas y odiadas clases bajas. Braun insinúa que si Gaitán hubiera vivido, o si hubieran sobrevivido las viejas estructuras y normas de la autoridad política de alguna manera, la violencia no hubiera ocurrido. Braun sugiere que ella sacó fuerzas del vacío político, de la desorientación y la retirada de las élites. El indica que la violencia fue en parte una consecuencia de los esfuerzos, inconscientes y descoordinados, de las élites por reimponer la vieja política utilizando la fuerza.

En muchos aspectos, la interpretación de Braun recuerda la de Pécaut. Tanto Braun como Pécaut subrayan una crisis del orden político que precede inmediatamente la violencia: las viejas normas políticas perdieron su significado, pero nada tomó su lugar. Mientras tanto, la distancia entre los grupos bajos y altos creció al tiempo que las viejas formas de interacción se volvieron ob-

soletas. Pécaut y Braun están fascinados con el miedo intenso, y aparentemente irracional, expresado por las clases altas hacia los pobres a finales de los años cuarenta²².

Pécaut también concuerda con Braun en que el movimiento gaitanista no significó el comienzo de una política de clases en Colombia. Pero Pécaut lleva el argumento más lejos: mientras Braun enfatiza que Gaitán no fue tan radical como Sánchez nos hizo creer, Pécaut mantiene que Gaitán fue, en un sentido, reaccionario²³. Esta divergencia entre Braun y Pécaut surge de los puntos de referencia desde los cuales cada autor interpreta a Gaitán. En el trabajo de Braun, Gaitán aparece contra el telón de fondo de la política elitista de la civilidad como la persona que hizo algo para traer las masas al foro público. En contraste, Pécaut coloca a Gaitán contra el telón de fondo de los regímenes liberales de los años treinta, los cuales, sostiene, enunciaron una visión de inclusión política para todos los colombianos. Buscando sus propios seguidores, Gaitán se opuso a las organizaciones de trabajadores e insistió en que los gaitanistas cumplieran sus metas identificándose personalmente con él. El efecto, quizás no intencional, de su discurso político y de sus actividades fue revertir la tendencia inicial hacia el ensanchamiento de la base social de la política y de los canales institucionales de participación. Pécaut argumenta que el estilo de Gaitán para relacionarse con sus seguidores los fragmentó, desorganizó, y efectivamente negó la posibilidad de una organización de

22 Para un análisis de visiones similares "del otro" en diferentes tiempos y espacios, véase María Cristina Rojas de Ferro, "The Political Economy of Violence" (Ph.D. diss., Carleton University [Canadá], 1994); *idem*, "The 'Will to Civilization' and Its Encounter with Laissez-Faire", *Review of International Political Economy* 2:1 (Invierno 1995), 150-73; Fernando Coronil y Julie Skurski, "Dismissing and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela", *Comparative Studies in Society and History* 33 (1991), 288-337; y F. Coronil, "Listening to the Subaltern: The Poetics of Neocolonial States", *Poetics Today* 15:4 (Invierno 1994), 643-58. El trabajo de Rojas de Ferro trata del siglo XIX en Colombia, mientras que el de Coronil y Skurski se concentra en las respuestas venezolanas al neoliberalismo en los años ochenta y noventa.

23 Para la interpretación de Pécaut sobre Gaitán, ver "De las violencias", 188-194; y *Orden y violencia*, vol. 2, 361-485.

clase. La iniciativa de Gaitán armonizó con los esfuerzos de las clases altas para dismantelar el Estado regulador; su visión de la movilización popular reflejó el liberalismo económico del periodo post-1943. Pécaut concluye que Gaitán contribuyó directamente a privar a los pobres de los canales reales de acceso a la vida política. Al final de los años cuarenta, la multitud anónima no tenía sino una conexión individual emotiva con un líder carismático que no los percibía como sujetos políticos, sino como grupos débiles, enfermos, y necesitados de una dirección fuerte. Cuando Gaitán murió, aquella tenue conexión con la escena política más amplia se rompió. Tanto Pécaut como Braun sugieren que la violencia se precipitó por un ataque de la élite contra el populismo. Pero mientras Braun ve a Gaitán como el representante de ese populismo, Pécaut ve a Gaitán como parte del ataque a la incorporación iniciada por el Estado en los años treinta, que había buscado construir la unidad nacional institucionalizando el campo de lo social.

Hay un problema con la descripción que Pécaut hace de Gaitán como parte de la ofensiva liberal de los 40's: el hecho de que Gaitán en sus discursos y escritos consistentemente defendió un Estado fuerte. ¿Fue esto pura retórica? Fuese o no sincera, su consigna de un Estado intervencionista parece haber encontrado eco en sus seguidores de clase media y trabajadora. Esto plantea el interrogante sobre las percepciones de dichos grupos respecto a Gaitán y, aún más, sus puntos de vista sobre la política.

Así como las clases altas se sintieron más amenazadas por Gaitán que lo que la situación justificaba, así mismo las clases bajas, sugieren Braun y Sánchez, pudieron haberlo interpretado a su manera. Llegamos

aquí a una importante pregunta acerca de las intenciones de Gaitán frente a lo que la multitud entendió. El trabajo de Braun es esencialmente historia desde arriba; él provee poca información sobre cómo los seguidores de Gaitán lo percibieron. Sin embargo, él dice que "Gaitán movilizó al pueblo e hizo crecer sus expectativas" y que con Gaitán, las clases populares sintieron que ellas participaban en la vida política²⁴.

Entonces, ¿cuáles eran las necesidades e intereses de esos grupos? ¿Qué esperaban ellos de la política? Braun parece dibujar una clara distinción entre los intereses de los sectores medios y bajos en Colombia, y argumenta que, buscando una sociedad ideal de pequeños propietarios meritorios y trabajadores, Gaitán representó a la pequeña burguesía. Recorriendo los escritos de Braun y Pécaut encontramos la imagen de grupos trabajadores engañados por un líder demagógico que les dio la ilusión del poder, pero nunca defendió sus intereses reales²⁵.

El historiador estadounidense Charles Bergquist está en desacuerdo con esta interpretación. Para él, lo que parecen ser preocupaciones de la pequeña burguesía fueron de hecho aspiraciones compartidas por los sectores medio y bajo de la sociedad colombiana. En *Los trabajadores en la historia latinoamericana*, Bergquist argumenta que estudiar las experiencias de trabajadores en el sector exportador ayuda a explicar la presencia o ausencia de movimientos políticos de izquierda coherentes en varios países latinoamericanos. La peculiar configuración socioeconómica de la economía cafetera colombiana, caracterizada por abundante tierra y oportunidades de expansión para los pequeños productores, dio surgimiento a una perspectiva competitiva e individualista, basada en la propiedad privada y el progreso

24 Braun, *Mataron a Gaitán*, 357.

25 Herbert Braun discrepa con mi interpretación de su trabajo. Para sus sutiles y profundas meditaciones sobre su propio trabajo y, en un sentido más amplio, sobre las formas de entender la política en ese periodo, véase el apéndice a este trabajo.

personal. Bergquist sostiene que en los años treinta y cuarenta, esta perspectiva fue generalizándose entre los sectores populares, rural y urbano, y que los patrones de producción de café influyeron en gran parte en la ausencia de movimientos de clase fuertes y radicales en Colombia desde los años treinta²⁶. Bergquist, entonces, podría argumentar que Gaitán expresó las aspiraciones de los sectores subalternos, pero él concuerda con Braun en que los movimientos de clase no estuvieron presentes en Colombia en los años cuarenta. Sin duda, Bergquist cree que la subdivisión de las últimas grandes haciendas cafeteras en los años treinta socavó las incipientes alianzas de clase y reforzó las tradicionales identificaciones partidistas como una estrategia más para salir adelante. En contraste con Sánchez, quien enfatiza el tema de la fallida revolución-revanche en la violencia, Bergquist (como Carlos Ortiz, a quien examinaremos más adelante) interpretaría la violencia como una lucha partidista por la movilidad social.

En suma, Gonzalo Sánchez, Herbert Braun, y Daniel Pécaut señalan al movimiento gaitanista y particularmente al 9 de abril como crucial para entender la génesis de la violencia. Ellos colocan la atención no únicamente en lo que Gaitán hizo, sino también en cómo él fue percibido por aquellos quienes lo apoyaron y por quienes se opu-

sieron a él. En contraste con Oquist, esos autores sostienen que interpretar la violencia simplemente como un resurgimiento del antagonismo entre los partidos Liberal y Conservador es erróneo. Más bien, con Gaitán, el partido Liberal experimentó una transformación desde adentro. Esta transformación, ellos dicen, debe ser considerada en el contexto del cambio económico y la movilización social: la política naturalmente reflejó cambios en las relaciones entre las élites tradicionales y los sectores medios y bajos emergentes.

Aún así, en Colombia, el cambio político ocurrió dentro de los límites estructurales colocados por el sistema bipartidista. Una importante distinción entre Gaitán y otros líderes populistas latinoamericanos era que él decidió trabajar dentro del sistema de partidos pre-existente. Sánchez dice que Gaitán usó identificaciones de partido conocidas para facilitar la transición a la política de clase, pero que con Gaitán el partido Liberal se convirtió en algo enteramente diferente a lo que había sido antes. Braun, en contraste, cree que Gaitán fue un liberal sincero de limitadas capacidades conceptuales que simplemente no pudo imaginar formas organizativas alternativas²⁷. Finalmente, Pécaut postula que Gaitán usó el partido Liberal para atacar lo que sus predecesores liberales en los años treinta habían construi-

26 Ver: Charles Bergquist, *Labor in Latin America: Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela, and Colombia* (Stanford: Stanford University Press, 1986), pp. 274-375; y *Los trabajadores en la historia latinoamericana: Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia* (Bogotá: Siglo XXI, 1988). Bergquist siguió la carrera de historiador de Colombia después de los dos años que pasó allí en el campo con los Cuerpos de Paz. Casado por muchos años con una colombiana, Bergquist escribió su primer libro sobre la Guerra de los Mil Días: *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910* (Durham: Duke University Press, 1978), y *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910* (Medellín: FAES, 1981). Sobre la interpretación de Bergquist de la violencia, véase además "The Labor Movement (1930-1946) and the Origins of the Violence", en Bergquist et al., eds., *Violence in Colombia*, 51-72, publicado anteriormente en Sánchez y Peñaranda, eds., *Pasado y Presente*, 111-66. Su libro más reciente es Bergquist, *Labor and the Course of American Democracy: U.S. History in Latin American Perspective* (New York: Verso/Routledge, Chapman & Hall, 1997). Otro historiador norteamericano que trabajó el tema de la violencia, James D. Henderson, escribió su tesis doctoral sobre la región cafetalera donde él vivió como voluntario de los Cuerpos de Paz: *Cuando Colombia se desangró: Un estudio de la violencia en metrópoli y provincia* (Bogotá: El Ancora Editores, 1984), publicado en inglés como *When Colombia Bled: A History of the 'violencia' in Tolima* (University, Ala.: University of Alabama Press, 1985).

27 Para conocer la opinión de Braun sobre esta interpretación, ver el apéndice.

do. Aunque Sánchez, Braun, y Pécaut están en desacuerdo en cuanto al por qué Gaitán permaneció en el partido Liberal y cómo él lo cambió, todos concuerdan en que la muerte de Gaitán el 9 de abril de 1948 marcó una ruptura irrevocable con el pasado²⁸.

LAZOS LOCALES-NACIONALES

Una tercera área de debate en la literatura de los años ochenta sobre la violencia se centra en la interacción de las esferas políticas local y nacional. Aquí los temas del grado del poder del Estado y los significados y usos de la afiliación política salen a la superficie en toda su importancia.

Durante los pasados quince años, el llamado de Paul Oquist para desarrollar estudios regionales de la violencia ha tenido sus frutos. La última parte del libro de Oquist, el cual vividamente trazó la multiplicidad de formas que los conflictos tomaron en las regiones con diferentes cosechas, tenencia de tierra, y patrones sociales, llevó a algunos académicos a sugerir que era quizás más adecuado hablar de "muchas violencias" en lu-

gar de una sola. En un momento en el que la tendencia de las historiografías europea y norteamericana era hacer estudios holísticos locales, los historiadores colombianos también comenzaron a responder a la particularidad y a la lógica de las diversas experiencias locales. Los investigadores colombianos se deshicieron de los modelos estructurales y de las dicotomías simplistas como tradicional/moderno, capitalismo/revolución, o movimientos sociales/anomia para estudiar las percepciones, motivos y comportamientos de los actores y grupos sociales. En este contexto, algunos investigadores comenzaron a explorar la violencia "desde abajo" y "hacia arriba" a partir de las perspectivas de la gente de clases bajas y medias en el campo y en los pueblos. La expectativa era que a través de muchas micro-historias, a menudo combinando historia oral y archivos, se entendiera la gran diversidad de las trayectorias regionales para así delinear un cuadro más preciso de la violencia. Algunos estudios locales han sido completados, la mayor parte sobre áreas cafeteras, aunque no son todavía suficientes para crear una representación global del proceso²⁹.

- 28 Contribuciones adicionales a la literatura sobre Gaitán y el 9 de abril incluyen los trabajos de Arturo Alape, *El Bogotazo: Memorias del olvido* (Bogotá: Editorial Presencia/Planeta Colombiana, 1983); Carlos Eduardo Jaramillo, *Ibagué: Conflictos políticos de 1930 al 9 de abril* (Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán, 1983); Jacques Aprile Gniset, *El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá* (Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán, 1983); Pierre Gilhodes, "El 9 de abril y su contexto internacional", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, nos. 13-14 (1985-86), 239-60; y Apolinar Díaz Callejas, *Diez días de poder popular: El 9 de abril 1948 en Barrancabermeja*, prólogo de Gonzalo Sánchez (Bogotá: Fescol/Editorial El Labrador, 1988).
- 29 Estudios regionales de la violencia incluyen Dario Fajardo M., *violencia y desarrollo: Transformaciones sociales en tres regiones cafeteras del Tolima, 1936-1970* (Bogotá: Fondo Editorial Suramérica, 1978); Jaime Arocha, *La violencia en el Quindío: Determinantes ecológicos y económicos del homicidio en un municipio caficultor* (Bogotá: Tercer Mundo, 1980); Urbano Campo [seudónimo Jacques Aprile], *Urbanización y violencia en el Valle* (Bogotá: Ediciones Armadillo, 1980); Henderson, *When Colombia Bled*; Medófilo Medina, "La resistencia campesina en el sur del Tolima," en Sánchez y Peñaranda, eds., *Pasado y presente*, 233-266; Keith Christie, *Oligarcas, campesinos y política en Colombia: Aspectos de la historia socio-política de la frontera antioqueña* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1986); y Justo Casas Aguilar, *La violencia en los llanos orientales* (Bogotá: Ecoe, 1986). Un número importante de estudios regionales fue producido por estudiantes universitarios en sus tesis de grado. Ver por ejemplo, Luis F. Bottia G. y Rodolfo Escobedo D., "La violencia en el sur del departamento de Córdoba" (Tesis de grado, Universidad de Los Andes, 1979); Winston Horacio Granados, "La violencia en Urrao, Antioquia, 1948-1953" (Tesis de grado, Universidad de Antioquia, 1982); Clara Inés López Mejía y Clara Inés Ordóñez Suárez, "Violencia en la región de Sumapaz, 1953-1957" (Tesis de grado, Universidad Nacional [Bogotá], 1983); Elsy Marulanda "Colonización, hacienda y movilización campesina. El caso del Sumapaz"

Una pregunta central es hasta qué punto los estudios locales abren nuevos debates o hasta cuál ellos no representan sino un nivel diferente de análisis desde el cual se apoyan o se disputan las interpretaciones que ya surgieron de los estudios nacionales. Sin duda, los estudios locales revelan la complejidad de la sociedad rural, hasta ahora inesperada, y cómo la política está involucrada en la vida local. Al hacer esto, ellos retan la idea de que los partidos políticos eran monolíticos. Ellos además ponen en claro los lazos entre las esferas nacional, departamental y local y entre los asentamientos rurales y los urbanos, generando de esta manera preguntas adicionales sobre cómo conceptualizar el Estado colombiano.

Los mejores de estos estudios disienten con la dicotomización de Oquist de los aspectos políticos y socioeconómicos de la violencia. Mientras Oquist argumenta que una vez que el Estado se derrumbó las tensiones sociales se desarrollaron en las áreas rurales, los nuevos trabajos muestran que la gente en las localidades se identificó como liberal o conservadora y que las divisiones partidistas influenciaron las formas en las cuales las aspiraciones y tensiones socioeconómicas se expresaron. Más aún, la violencia no fue un fenómeno puramente rural: políticos y comerciantes en las cabeceras municipales, en capitales de departamento, y aún en Bogotá estuvieron directamente involucrados en lo que sucedió en el campo.

Metodológicamente y en su contenido, el más impresionante de los estudios regionales es el libro de Carlos Miguel Ortiz Sarmiento titulado *Estado y subversión en Colombia*.³⁰ Ortiz, un politólogo y sociólogo que había enseñado en la Universidad del Quindío por muchos años, completó su doctorado en los años ochenta bajo la dirección de Daniel Pécaut en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. En su tesis, Ortiz presentó un estudio de caso ejemplar de la violencia en la región cafetera del Quindío, basado en una gran variedad de fuentes impresas, archivos, y muchas entrevistas.

Ortiz, como Pécaut, cuestiona el argumento de Oquist de que el Estado colombiano aumentó su poder durante los años cuarenta. De acuerdo con Ortiz, el Estado no solamente fue permeable a los intereses económicos privados, sino que la autoridad Estatal había sido siempre mínima en las zonas rurales. Una nación integrada aún estaba por tomar forma en Colombia. Bajo tales condiciones, el debilitamiento del Estado no necesariamente produciría un vacío de poder a nivel local.

La contribución de Ortiz consiste en revelar por primera vez la lógica y la enorme complejidad de la política local. Si los analistas anteriores habían interpretado la violencia en Quindío como primordialmente económica, Ortiz muestra que la política y la economía están entrelazadas inextricablemente.

(Tesis de grado, Universidad Nacional [Bogotá], 1988) y Darío Betancourt, "Los 'Pájaros' en el Valle del Cauca: Colonización, café y violencia" (Tesis de grado, Universidad Santo Tomás, 1984). Algunos de estos trabajos fueron más tarde revisados y publicados como libros: Darío E. Betancourt y Martha L. García B., *Matones y cuadrilleros: Origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano, 1946-65* (Bogotá: Tercer Mundo Editores/Universidad Nacional, 1990); Elsy Marulanda, *Colonización y conflicto: Las lecciones del Sumapaz* (Bogotá: Tercer Mundo/Universidad Nacional, 1991). Otros trabajos de este grupo son: Reinaldo Barbosa Estepa, *Guadalupe y sus centauros. Memorias de la insurrección llanera* (Bogotá: Tercer Mundo, 1992); Carlos Mario Perea Restrepo, *Porque la sangre es espíritu: Imaginario y discurso político en las élites capitalinas, 1942-1949* (Bogotá: Aguilar, 1996); y María Victoria Uribe, *Matar, rematar, y contramatar: Las masacres de la violencia en el Tolima* (Bogotá: Cinep, 1990).

30 Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, *Estado y subversión en Colombia: La violencia en el Quindío años 50* (Bogotá: Fondo Editorial Cerec, 1985), publicado en francés como *La Violence en Colombie: racines historiques et sociales* (Paris: L'Harmattan, 1990).

En la búsqueda de los orígenes de la violencia, Ortiz comienza explorando el significado de la afiliación partidista y las dimensiones socioeconómicas de la organización política en los municipios rurales del Quindío y del norte del Valle. Al igual que Braun, Ortiz enfatiza el aspecto moral de la creencia política. Pero mientras Braun se concentra en las élites políticas nacionales, que compartían una visión de los códigos correctos del comportamiento político, Ortiz explica el significado moral de la identificación partidista para los pobres e iletrados. Ser un liberal o conservador en el Quindío rural significaba ser parte de una colectividad con connotaciones familiares y religiosas. Ser fiel al partido significaba ser valiente, leal, honesto y honorable. Al tiempo, la identificación partidista reflejaba el origen regional. Al igual que toda área de reciente colonización fronteriza, Quindío atrajo migrantes de muchas partes del país, que trajeron consigo sus identificaciones políticas³¹. Así, la desconfianza hacia el forastero intensificó la desconfianza política.

Los pobres se agruparon alrededor de los terratenientes y comerciantes que eran a la vez sus jefes de partido. Venerados por su liderazgo en la Guerra de los Mil Días (1899-1902), estos "hombres cívicos" y gamonales prestaron servicios económicos esenciales tales como trabajo y préstamos; ellos patrocinaron trabajos públicos y fiestas religiosas y ejercieron el poder judicial de facto. Las realidades económicas de la sobrevivencia fomentaron la desconfianza, refor-

zada por una moral compartida y la prevención hacia el forastero. Antes de la violencia, ésta fue una sociedad cohesionada, "que no era ..el género de sociedad más propicio a la articulación o a la división clasista"³².

Para Ortiz, las alternativas son la organización de clase o la afiliación partidista; él enfatiza la primacía de los lazos partidistas ilustrando la profundidad de las lealtades de los actores locales en sus dimensiones moral, emocional, histórica y económica. Los partidos políticos, sostiene, fueron la única forma de identidad colectiva que involucró individuos en las esferas local y nacional simultáneamente. Pero la identificación partidista significó algo enteramente diferente en las zonas rurales y en los círculos adinerados de Bogotá. En las áreas rurales, la acción de votar tenía una connotación moral/ritual, y el sentimiento partidista era esencialmente una forma pre-política, aún primaria, de identificación propia y de grupo³³.

Después de emplazar el escenario, Ortiz procede a explorar por qué las identificaciones partidistas encendieron un conflicto abierto al final de los años cuarenta. Aquí hace hincapié en los factores políticos que ligaban lo nacional y lo local y no en el derrumbamiento del Estado, sino en la coincidencia de la creciente popularidad de Gaitán con el inusual número de elecciones (seis) realizadas entre los años 1945 y 1949. En el Quindío, los más convencidos seguidores de Gaitán eran jóvenes profesionales de clase media cuyas ambiciones políticas habían sido frustradas por los gamonales

31 La colonización de tierras baldías se expandió a través de la región andina y en la costa Atlántica de Colombia a finales del siglo XIX y principios del XX. Ver Catherine LeGrand, *Frontier Expansion and Peasant Protest in Colombia, 1850-1936* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1986), publicado en español como *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1950* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1988). El papel de las lealtades regionales para reforzar la identificación partidista probablemente se extendió más allá del área de la colonización antioqueña, de la cual Quindío formó parte.

32 Ortiz, *Estado y subversión*, 28-29."

33 El estudio de Ortiz acerca de las adhesiones políticas locales también echa luces sobre por qué Gaitán escogió quedarse en el partido Liberal. Aunque los campesinos y la gente de las pequeñas ciudades encontraron excitantes sus ideas y lo apreciaban personalmente, si él no hubiera sido ni liberal ni conservador, ellos no hubieran votado por él. Esto, él lo había aprendido después de su frustración cuando trató de formar un tercer partido (UNIR) al comienzo de los años treinta. Ver además Braun, *Mataron a Gaitán*, 133.

afianzados en sus posiciones. Ellos llevaron el mensaje antioligárquico de Gaitán a los migrantes, los marginados de pequeñas ciudades, y algunos campesinos, duramente golpeados por la inflación y la creciente inseguridad económica. La agitación gaitanista, junto a las sucesivas elecciones, dieron lugar a una "ebullición" entre los adherentes de los dos partidos políticos. La abstención electoral declinó y los votantes liberales y conservadores se volcaron masivamente a las mesas de votación³⁴.

En contraste con Gonzalo Sánchez, Ortiz no interpreta este ascenso repentino en la movilización popular como una señal del fin de los mecanismos tradicionales de control partidista. Cuando Gaitán se convirtió en líder indiscutido del partido Liberal a mediados de 1947, él heredó y fue literalmente absorbido por la organización tradicional del partido. En Quindío los gamonales liberales se adhirió a él, marginando a los nuevos profesionales. La muerte de Gaitán completó el proceso por el cual la movilización social tomó forma partidista. El 9 de abril de 1948, los profesionales jóvenes lideraron la insurrección, mientras que la oligarquía liberal y conservadora local se unió para derrotarlos. El resultado inmediato posterior fue el ataque de los conservadores contra los gaitanistas, quienes se defendieron haciendo alianzas con liberales de cualquier facción. Ortiz está de acuerdo con Gonzalo Sánchez y Herbert Braun en que es esencial tomar en cuenta el movimiento gai-

tanista para entender la intensificación del conflicto partidista a finales de los años cuarenta. Pero en contraste con Sánchez y de forma similar a Braun y Pécaut, Ortiz arguye que Gaitán no representó una revolución social incipiente.

La descripción de Ortiz de los ambiciosos jóvenes profesionales ávidos por construir sus propias clientelas políticas añade un nuevo elemento a las interpretaciones que definen las alternativas como aquellas del clientelismo tradicional enfrentado a la emergencia de clases trabajadoras independientes. El trabajo de Ortiz enfatiza la necesidad de tomar en cuenta un sector medio emergente en los departamentos que quería acceder a la política y a la movilidad socioeconómica. Por lo tanto es importante estudiar la historia del populismo colombiano no sólo desde arriba, a través de la figura de Jorge Eliécer Gaitán, sino además a través de los agitadores gaitanistas en los municipios rurales, quienes en los años treinta y cuarenta buscaron mejorar sus propias fortunas compitiendo con los jefes partidistas tradicionales por el apoyo de las clases populares.

Ortiz ve los años de lucha partidista como un momento en el cual la vida económica, social, y política marchaba bajo diferentes reglas del juego. Durante la violencia, las estrategias individuales para el avance personal tomaron muchas formas, económicas y políticas³⁵. Algunos jefes políticos importantes fueron desplazados, y un nuevo estrato

34 Recientemente ha habido un creciente interés en el significado de las elecciones y de las prácticas de los jefes locales en diferentes regiones. Algunas de estas investigaciones son de los historiadores Eduardo Posada Carbó de la University of London, quien se concentra en el siglo XIX, Medófilo Medina de la Universidad Nacional en Bogotá, y Alberto Flórez Malagón de la Universidad Javeriana en Bogotá quienes trabajan sobre el siglo XX. Ejemplos de sus trabajos son Posada Carbó, "Elections and Civil Wars in Nineteenth-Century Colombia: The 1875 Presidential Campaign", *Journal of Latin American Studies* 26 (Octubre 1994), 621-49; Medina, "Peculiaridades de la carrera de un político de la Costa Atlántica colombiana: Saúl Charris de la Hoz", ponencia presentada al Gran Colombia Committee of the Conference on Latin American History, American Historical Association, Chicago, Enero 6, 1995; y Flórez-Malagón, "Peasants, Landlords and Political Culture in Colombia. The Ubaté Valley during "la violencia", 1946-1958" (Ph.D. diss., State University of New York at Stony Brook, 1994). Ver también Malcolm Deas, "La política en la vida cotidiana republicana," en Beatriz Castro Carvajal, ed., *Historia de la vida cotidiana en Colombia* (Bogotá: Editorial Norma, 1996), 271-290.

de sectores medios y de funcionarios provinciales tomó sus puestos. Mientras tanto, algunos conservadores influyentes buscaron ventajas políticas usando la fuerza para expulsar a los liberales, incrementando la proporción de votos conservadores y acumulando tierras. Otros promovieron un movimiento para separar la región del Quindío del Departamento de Caldas con el ánimo de conectarse directamente al sistema nacional de reparto del botín público. Así, los debates políticos en el Quindío durante la violencia se centraron en la relación de la región con la nación y en cómo y en beneficio de quién podría ocurrir la recentralización de la autoridad.

Aunque algunos individuos ambiciosos lograron surgir en las nuevas condiciones de la violencia, Ortiz indica que, a la larga, los campesinos y trabajadores no se beneficiaron. Durante la violencia, el excedente económico se redistribuyó no a través de prácticas sindicales, sino a través de cuadrillas armadas. Una vez el orden fue restaurado, tales canales debían cerrarse.

Otro análisis regional innovador que comenzó en los años ochenta es el estudio de Mary Roldán sobre la violencia en el Departamento de Antioquia. Nacida en Estados Unidos de padres colombianos, quienes residen actualmente en Medellín, Roldán publicó varios artículos en Colombia antes de

completar su tesis doctoral en la Universidad de Harvard en 1992³⁶. El siguiente análisis de su aporte está basado en estos tempranos artículos, que aparecieron en la segunda mitad de la década de los ochenta.

Roldán coincide con Ortiz, Pécaut, y otros en que el gobierno central era débil antes de la década del cincuenta. El poder efectivo, sostiene, residía en los gobiernos departamentales. Ella invita a enfocarse en el departamento como el intermediario entre la nación y la localidad y en lo que, concretamente, hacían las autoridades departamentales sus percepciones de su territorio y de la gente que vivía allí, el desarrollo de sus políticas, y sus respuestas al desorden público. Para comprender la violencia, argumenta, es esencial explorar tanto la política local como la departamental y las interacciones entre ellas.

Roldán brinda una renovadora especificidad a los debates acerca del crecimiento (o decrecimiento) del poder del Estado. De acuerdo con Roldán, durante los años cuarenta el Estado se volvió más influyente no al nivel nacional, como Oquist primero argumentó, sino más bien en la región. En Antioquia, los hombres de negocios conservadores y liberales trataron de construir un gobierno eficiente de más largo alcance para promover el desarrollo económico. El amplio programa de construcción de carreteras iniciado por el

35 Ver: por ejemplo, Carlos Miguel Ortiz S., "La violencia y los negocios. Quindío años 50 y 60", en Sánchez y Peñaranda, eds., *Pasado y Presente*, 267-303; publicado en inglés en Bergquist et al., eds., *Violence in Colombia*, 125-54. La insistencia de Ortiz en el deseo de los sectores medios en ascenso por la movilidad social y el acceso político sugiere comparaciones con la Revolución Mexicana.

36 Mary Roldán, "La política antioqueña de 1946 a 1958", en *El Colombiano*, "La Historia de Antioquia", no. 13 (Sept. 1987), reimpresso en Jorge Orlando Melo, ed., *La historia de Antioquia* (Bogotá: Editorial Presencia, 1988), 161-75; "Guerrillas, Contrachusma y Caudillos: Local Responses to Elite Control During La violencia in Antioquia, 1946-53", *Estudios Sociales* [FAES, Medellín] 4 (Marzo 1989); "The Political Dimensions of Violence", ponencia presentada al Gran Colombia Committee de la Conference on Latin American History, American Historical Association, Washington, D.C., Diciembre 28, 1987; y "The Genesis and Evolution of La violencia". Roldán se apoya en cartas y peticiones de las localidades al gobierno departamental, encontradas en los archivos de la Secretaría de Gobierno y en la Gobernación en Medellín, lo mismo que en entrevistas a los participantes en la violencia. Una versión revisada de la tesis de Roldán debe ser publicada en los próximos dos años. Mary Roldán enseñaba historia en Amherst College y en Cornell University. Actualmente está vinculada con el Centro Regional de Estudios Cafeteros e Empresariales [CRECE] en Manizales.

gobierno departamental durante los años cuarenta comenzó a inmiscuirse en los fueros de las autoridades locales quienes querían servicios estatales, pero bajo control local. “[L]a violencia no fue,” escribe Roldán, “en muchos casos, más que un grito de protesta local contra la indiferencia o, paradójicamente, contra la injerencia del poder central”³⁷. Sólo prestando atención a las luchas entre un gobierno centralista departamental y las localidades, argumenta, podemos comenzar a entender las formas concretas que la violencia tomó en Antioquia.

Qué piensa Roldán de los partidos políticos? En contra de la creencia general, Roldán argumenta fuertemente que los partidos no eran un marco de solidaridades multiclasistas monolíticas donde todos sus miembros compartieron una ideología común que emanaba de los jefes. Más bien, dice ella, la gente del campo se afiliaba al partido Liberal o al Conservador para representar intereses locales, ésto es, como una manera de articular las identidades locales y conseguir que tales intereses fueran escuchados. Las autoridades departamentales y, más allá, las nacionales sabían que la única manera de lograr que algo se hiciera era a través de negociaciones informales y de acomodaciones que tomaban las preocupaciones locales en consideración. Cuando esta tradición de dar y tomar comenzó a ser erosionada, en la medida que el gobierno de Antioquia apropió más poder para sí mismo, los locales se molestaron. Así Roldán argumenta que los partidos eran coaliciones maleables, cons-

truidas de la base hacia arriba a través de permanentes negociaciones y que las personas en los municipios eran actores políticos que influían en el proceso interactivo de formación de los partidos (y del Estado)³⁸. Aunque la violencia fue detonada por una crisis política nacional, Roldán sugiere que un tema importante vivido en Antioquia durante esos años fue la resistencia local en contra de un gobierno departamental centralizador y, en algunas partes, explotador.

En las áreas montañosas de producción de café alrededor de Medellín, la violencia involucró principalmente viejas disputas partidistas entre familias sobre el patrocinio estatal, los puestos públicos y los votos. Pero en las áreas bajas a lo largo de las fronteras del norte, este, y oeste antioqueños, las tensiones entre el gobierno departamental y las municipalidades fueron mucho más virulentas y, según la opinión de los políticos antioqueños, formas de revuelta. En estas subregiones de Urao, Urabá, y Magdalena Medio, los conflictos estallaron alrededor del trabajo, de los recursos, y de la tierra. Poca presencia del Estado había existido previamente en dichas fronteras, y las autoridades departamentales y locales se miraban unas a otras con desconfianza, como si fueran extraños, como “los otros”. Allí los antagonismos tomaron mayores dimensiones, y el gobierno de Antioquia utilizó medidas severas para reprimir la violencia, la cual interpretaba como rebeliones locales en contra del Estado y que planteaban preocupantes implicaciones socioeconómicas.

37 Roldán, “La política antioqueña”, en Melo, ed., *La Historia de Antioquia*, 173. Los habitantes locales no se oponían a la construcción de caminos (ciertamente, en regiones donde había poca presencia estatal, los habitantes locales solicitaban servicios del estado insistiendo en que ellos eran ciudadanos también), pero se preocupaban porque la asignación de trabajos, otras formas de patronaje municipal, y los recursos naturales continuaran en manos locales.

38 Para el caso colombiano, el trabajo de Roldán abre nuevos caminos en el análisis de procesos de formación del Estado “desde abajo” similares a aquellos explorados para México en Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent, eds., *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico* (Durham: Duke University Press, 1994); y Jeffrey W. Rubin, “Decentering the Regime: Culture and Regional Politics in Mexico”, *Latin American Research Review* 31:3 (1996), 85-126. Ver también Claudio Lomnitz-Adler, *Exits From the Labyrinth: Culture and Ideology in Mexican National Space* (Berkeley: University of California Press, 1992).

Como Pécaut y Braun, Roldán se interesa en cómo la gente con poder (y aquellos sin poder) hablaba del "otro" y cómo tales percepciones moldeaban sus comportamientos. Ella subraya la importancia de tener en cuenta los imaginarios socio-culturales no sólo en términos de clase, como hacen Pécaut y Braun, sino también en términos espaciales. ¿Cuál era la significación emotiva y/o ideológica de cada lugar? Roldán se preocupa de la formación de las identidades regionales y subregionales dentro de Antioquia y de cómo las autoridades departamentales construyeron una imagen de qué era ser antioqueño, la cual excluía a los habitantes de las tierras bajas. Así las élites de Antioquia central, que querían extraer recursos naturales de las zonas fronterizas, formaron imágenes negativas de la gente que habitaba allí. Los vaqueros, mineros, jornaleros, y colonos de las tierras bajas, muchos de los cuales no eran antioqueños de nacimiento, eran percibidos como descastados que constituían una amenaza. En Antioquia, las cuestiones de quién era definido como "civilizado" o "bárbaro" y quién era incluido o excluido de la comunidad política se planteaban desde la diferencia entre los centros montañosos y las periferias bajas. Aquellos que se veían a sí mismos como blancos "antioqueños de pura cepa" proyec-

taban los miedos hacia una población migrante de tez más oscura, "moralmente degenerada", de raza mixta negra o indígena. Roldán plantea aquí la importante pregunta de la creación social de los imaginarios regionales sobre raza y cultura, y cómo tales imágenes pueden alimentar las tensiones políticas y socioeconómicas³⁹.

Roldán argumenta que durante los años de la violencia lo que parecía ser un conflicto bipartidista fue a menudo sólo una fachada para otras luchas afirmaciones de una autodeterminación local, de conflictos socioeconómicos, o enfrentamientos por acumulación y movilidad social. Ella coincide con Ortiz en que, en aquellos tumultuosos tiempos, algunos individuos tomaron ventaja de la volubilidad de la situación para aumentar sus fortunas, y algunos grupos populares actuaron en favor de sus propios intereses. Durante la violencia hubo un incremento en el poder de negociación de individuos y colectividades al nivel local, pero después de 1958, cuando los líderes de los partidos Liberal y Conservador se unieron para recrear un gobierno civil estable (el Frente Nacional), los campesinos, obreros, y algunos de los sectores medios perdieron los medios efectivos de expresión política⁴⁰.

El trabajo de Roldán es particularmente útil en su exploración de cómo el gobier-

39 El interés de Roldán en las construcciones sociales de raza y lugar ha sido compartido por otros académicos colombianistas: Michael Taussig, *Shamanism, Colonialism and the Wild Man: A Study in Terror and Healing* (Chicago: University of Chicago Press, 1987); Frank Safford, "Race, Integration, and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia, 1750-1870", *Hispanic American Historical Review* 71:1 (Febrero 1991), 1-33; Peter Wade, *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia* (Baltimore: John Hopkins University Press, 1993); y Nancy Appelbaum, "Remembering Riosucio: Race, Ethnicity and Community in Western Colombia, 1850-1520" (Ph. D. diss., Univ. de Wisconsin, en progreso). El semiólogo colombiano Armando Silva Tellez también explora los sentidos subjetivos atados al espacio en *Imaginario urbano: Bogotá y São Paulo: Cultura y comunicación urbana en América Latina* (Bogotá: Tercer Mundo, 1992) y en un proyecto actual sobre álbumes de fotos familiares pertenecientes a personas de diferentes clases sociales en diferentes partes del país. Silva también ha propuesto explorar los significados de región estudiando mercados locales (transacciones económicas, interacciones sociales, y lenguaje corporal).

40 Ver: Roldán, "Guerrillas, Contrachusma", 6-7. La tesis de Mary Roldán confirma y avanza la mirada de Ortiz acerca de la erosión del control de la élite y el ascenso de los sectores medios en la provincia. De acuerdo a Roldán, "la exitosa movilización de las clases subalternas apoyadas por políticos profesionales que buscaban retar el poder de la élite, sumado a los miedos inherentes de la élite hacia las clases bajas, formaron un catalizador crítico de la violencia". "Genesis and Evolution", 35.

no interpretó y reaccionó ante la violencia de los años cincuenta. No sólo los programas de construcción de caminos y otras obras públicas continuaron durante los años de la violencia, sino que los problemas de orden público llevaron a los funcionarios nacionales y departamentales a tomar medidas para centralizar la autoridad así como a ejercer una influencia más directa sobre las municipalidades rurales. Más específicamente, la legislación disolvió las fuerzas de policía nombradas localmente, creando una policía nacional en su lugar; también se decretó que los alcaldes locales, quienes eran nombrados por los gobernadores, debían venir de fuera de las comunidades que administraban. Así, según Roldán, la violencia contribuyó a incrementar la presencia del Estado en las localidades y a acelerar los procesos de centralización del Estado que habían comenzado más temprano. En un trabajo posterior, Roldán sostiene que la violencia marcó una coyuntura crítica en la formación del Estado colombiano:

*Mientras que en Colombia existía un gobierno central, todavía estaba construyendo y consolidando su poder en los años cuarenta y cincuenta. ...La violencia marca la transición de una sociedad donde el poder regional dominaba los asuntos cotidianos y la toma de decisiones a una en la cual el poder y las prerrogativas fueron crecientemente apropiados y concentrados en el gobierno central. Las luchas sobre la jurisdicción y las prerrogativas contribuyeron e intensificaron el conflicto durante la violencia*⁴¹.

Directamente opuesto a Oquist, el argumento de Roldán presenta un interesante complemento a aquellos que mantenían que el Estado colombiano siempre había si-

do débil. Ella sugiere que la violencia confrontó a las autoridades departamentales y nacionales con su propia debilidad; motivó a éstas a tomar medidas concretas para construir un Estado más efectivo con influencia real en las áreas rurales.

En suma, centrándose en las relaciones entre las esferas departamental, local, y nacional y en cómo ellas se manifestaron dentro de los partidos políticos y en los procesos de formación del Estado, Roldán aporta una nueva dimensión a nuestro entendimiento de lo político. Al mismo tiempo, ella cuestiona las hipótesis del "colapso del Estado" de Oquist y de la "disolución del Estado" de Pécaut. Roldán acuerda con Ortiz en que la crisis política nacional no produjo un vacío de autoridad en los niveles regional y local. Ella basa la discusión del Estado en las políticas específicas del gobierno que modificaron profundamente las reglas del juego político, a menudo con resultados no anticipados.

Mientras Gonzalo Sánchez está preocupado por el tema de las clases y de la revolución frustrada, y Braun y Ortiz se concentran en la emergencia política de las clases medias y en las posibilidades para la movilidad socioeconómica, Roldán resalta los temas de la identidad y de la autoridad regionales, y también las jerarquías culturales de espacio y raza. Ella además enfrenta el difícil tema del poder local y de la autodeterminación y de cómo ese poder se desarrolló en un país que experimentaba un rápido desarrollo económico.

Un tercer estudio regional que abre camino es *Bandoleros, gamonales y campesinos* de Gonzalo Sánchez y la antropóloga holandesa Donny Meertens, el cual nos recuerda qué tan conectadas estaban las localidades rurales con el sistema político más amplio⁴². Este es quizás el mejor estudio de la fase fi-

41 Mary Roldán, "Violence, Colonization, and the Geography of Cultural Difference in Colombia", ponencia presentada al congreso del Latin American Studies Association, Washington, D.C., Septiembre 28, 1995, 37.

42 Gonzalo Sánchez G. y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia*

nal de la violencia. Desde 1958, cuando los directorios liberal y conservador acordaron formar el Frente Nacional, hasta 1965, más de cien grupos de "bandidos" operaron principalmente en las zonas cafetaleras. Basándose en el uso innovador de archivos judiciales, la investigación de Sánchez y Meertens acerca de este fenómeno es una contribución importante al estudio del bandolerismo, iniciado por el historiador británico Eric Hobsbawm⁴³. Sánchez y Meertens muestran que lo que ha sido llamado criminalidad no fue ni crimen ni protesta social pre-política, sino un producto de las contradicciones en la estructura política dominante. Esos llamados bandidos fueron realmente partidarios liberales y conservadores que habían sido animados a tomar las armas por las esferas más altas de sus respectivos partidos en los primeros años de la violencia. Según Sánchez y Meertens, cuando las élites llegaron a un acuerdo en 1958, los bandidos fueron repentinamente despojados de su legitimidad. El hecho de que, a pesar de un acuerdo nacional para detener la lucha los liberales y conservadores continuaran enfrentándose en varias regiones, indica una cierta autonomía de parte de las fuerzas locales. Los grupos que continuaron peleando fueron apoyados y financiados por personas con poder en las localidades,

lo mismo que por personas importantes en las ciudades de las regiones en las cuales ellos eran activos, lo mismo que por facciones políticas disidentes que se oponían al Frente Nacional⁴⁴. Su apoyo se originaba, en parte, en el hecho de que los líderes de las bandas podían atraer los votos de sus simpatizantes.

¿Cómo podemos interpretar el hecho de que algunas personas poderosas apoyaran a las bandas armadas, a pesar de la censura del gobierno nacional y de los líderes de los partidos oficiales? ¿Fue acaso la debilidad del Estado? ¿O la continua fragmentación de los intereses privados? ¿Fue, tal vez, la responsabilidad de individuos que usaban la violencia política como medio para lograr fines personales, incluyendo la acumulación de riquezas? ¿O la resistencia local ante un proceso de centralización? De acuerdo con Sánchez y Meertens, la sobrevivencia de los grupos de bandidos dependió de la confabulación y protección de tales políticos; cuando esta protección desapareció, ellos fueron eliminados.

Mientras Ortiz se enfoca sobre las estrategias individuales para la movilización y Roldán sobre las relaciones departamento-localidad, Sánchez, con Meertens, vuelve aquí al tema de clases que también le preocupó en *Los días de la revolución*. Aunque los

en Colombia, prólogo de Eric J. Hobsbawm (Bogotá: El Ancora Editores, 1983). Una síntesis aparece en Sánchez y Meertens, "Political Banditry and the Colombian Violence", en Richard S. Slatta, ed., **Bandidos: The Varieties of Latin American Banditry** (Westport, Ct.: Greenwood Press, 1987), 151-70. Donny Meertens vive en Colombia desde 1975, a excepción de los años 1989-93 durante los cuales enseñó geografía y género en la Universidad de Amsterdam. Autora de un libro sobre transformación agraria y movimientos campesinos en Toliima (publicado en holandés), también ha trabajado sobre asentamientos ilegales en Bucaramanga y sobre mujeres y colonización en Guaviare. Actualmente está dedicada a un gran proyecto de investigación sobre género, violencia política y desalojo forzado en Colombia. Meertens es profesora en el Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo en la Universidad Nacional en Bogotá (y consultante en representación de la Corporación Holandesa para el Desarrollo en dicho programa). Ella está casada con Gonzalo Sánchez.

43 Ver: Eric J. Hobsbawm, **Primitive Rebels** (Manchester: Manchester University Press, 1959). Para una reflexión más reciente de Hobsbawm sobre el tema, ver su artículo "Historiografía del bandolerismo", en Sánchez y Peñaranda, eds., **Pasado y presente**, 367-78. Gilbert M. Joseph discute los aportes de Hobsbawm, Sánchez y Meertens en "On the Trail of Latin American Bandits: A Reexamination of Peasant Resistance", **Latin American Research Review** 25:3 (1990), 7-53.

44 Las facciones disidentes incluyeron al Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), la Alianza Nacional Popular (Anapo), y el Movimiento Obrero, Estudiantil y Campesino (Moec).

bandidos fueron un producto de la estructura política dominante, la cuestión de a quién representaban es complicada. En las zonas rurales, las élites políticas y económicas locales apoyaban a los bandidos; al mismo tiempo, los grupos populares se identificaron afectivamente con ellos, llamándolos "los muchachos del monte". Sánchez y Meertens sostienen que

*este combinado y contradictorio apoyo de campesinos y gamonales es el que imprime esa tensión interna tan característica al bandolerismo colombiano: el cual aparece por un lado como la expresión vaga de una insubordinación al proyecto político nacional de las clases dominantes, y punto de apoyo de las mismas clases dominantes para evitar que esa inconformidad adopte la vía revolucionaria*⁴⁵.

Sánchez y Meertens señalan cómo este balance inestable cambió con el tiempo. En los comienzos de los años sesenta los hacendados, los gamonales locales, y los políticos nacionales, perturbados por las exigencias económicas y la competencia electoral de los bandoleros, al igual que por los recurrentes miedos a la rebelión social, empezaron a distanciarse de ellos. Como resultado de dicho distanciamiento, las bandas armadas se volvieron cada vez más dependientes del campesinado y "el bandolerismo político" evolucionó hacia un "bandolerismo social". Pero los bandidos no llegaron a ser revolucionarios. La conciencia de clase permaneció fragmentada: aunque los grupos armados se identificaron con las preocupaciones del campesinado, ellos lo hicieron

únicamente dentro de su propio partido político y continuaron atacando a los adherentes campesinos del otro partido. Como Pécaut, Sánchez y Meertens argumentan que la represión de los movimientos de clase anteriores motivó a los campesinos a refugiarse en identificaciones partidistas, lo cual originó un patrón continuo de venganza y retaliación. Al mismo tiempo que proveía una protección inmediata, el mecanismo partidista de supervivencia, en última instancia, significó la derrota de sus propios intereses.

Interpretando el bandolerismo como una respuesta defensiva a lo que había empezado como persecución del gobierno, Sánchez y Meertens agregan un factor más, relativo a la política y la violencia: cómo el campesinado percibía al Estado. Los estudios de movimientos rurales sociales en los veinte y treinta indican que los campesinos colombianos que buscaban acceso a la tierra trataron activamente de inducir la intervención estatal para contener los reclamos de los terratenientes locales. Lejos de resistir un incremento en el poder estatal, los colonos e indígenas enviaron cientos de peticiones a Bogotá, urgiendo al gobierno para implementar la legislación protectora⁴⁶. En los años cincuenta, esta relación campesino-Estado cambió: la defensa local contra el terrorismo del Estado y la hostilidad campesina hacia la policía y el ejército son temas importantes en la literatura sobre la violencia⁴⁷. Sánchez y Meertens interpretan el bandolerismo como la expresión de la oposición de campesinos y gamonales frente a la reimposición de la

45 Sánchez y Meertens, **Bandoleros**, 50.

46 Ver: LeGrand, **Colonización y protesta**, 93-126.

47 Ver: particularmente la creciente literatura sobre fronteras de colonización y movimientos campesinos de autodefensa: William Ramírez Tobón, "La guerrilla rural en Colombia: Una vía hacia la colonización armada?" **Estudios Rurales Latinoamericanos** 4:2 (Sept.- Dic. 1981), 199-209; Alfredo Molano, **Selva adentro: Una historia oral de la colonización del Guaviare** (Bogotá: El Ancora Editores, 1989); *idem*, **Trochas y fusiles** (Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, y El Ancora Editores, 1994); y Catherine LeGrand, "Colonization and Violence in Colombia: Perspectives and Debates", **Canadian Journal of Latinamerican and Caribbean Studies** 14:28 (1989), 5-29, publicado en español como "Colonización y violencia en Colombia: Perspectivas y debates", en Absalón Machado Cartagena, comp., **Minagricultura 80 años: El agro y la cuestión social** (Bogotá: Tercer Mundo, 1994), 3-26.

autoridad centralizada. Tal resistencia, sostenida, fue efectiva por años aún después del acuerdo del Frente Nacional que oficialmente finalizó la violencia.

Desde una perspectiva regional, Sánchez y Meertens argumentan convincentemente que la violencia no terminó hasta 1965. Las preguntas principales entonces son: ¿Cómo terminó? ¿Cómo el gobierno nacional restableció el control en las localidades? ¿Cómo convenció a los campesinos de que el Estado los podía proteger? y ¿qué clase de Estado fue restablecido? ¿A través de qué canales de participación?

En su capítulo penúltimo, Sánchez y Meertens cambian su enfoque de lo local a lo nacional: su análisis de los importantes debates ocurridos en el Congreso sobre cómo restablecer el orden en las zonas rurales ilumina las visiones oscilantes de reforma y represión, inclusión y exclusión, que han continuado caracterizando la política gubernamental⁴⁸. Desde 1965, un Estado nuevamente institucionalizado ha intentado crear ocasionalmente canales para la inclusión de la clase trabajadora. Los grupos subordinados se han insertado voluntariamente en tales canales y, a veces, se han separado para formar organizaciones autónomas, tales como la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). Las organizaciones autónomas han sido generalmente reprimidas. Mientras tanto la persistente guerra de guerrillas plantea el problema de cómo funciona el Estado y cuál es su poder. Esto también plantea el problema de las continuidades y los cambios desde los años de la violencia. Como la historia desde los años cuarenta lo demuestra, Colombia tiene que

resolver aún la incómoda cuestión de cuál será el papel de las clases medias y bajas en la política.

CONCLUSIÓN

Los escritos revisados en este ensayo nos han llevado más allá de las recriminaciones simplistas que los liberales y conservadores se lanzaron unos a otros durante y después de la violencia. Dentro de este campo de estudios que he escogido en llamar "la política y la violencia", hay varios temas que resaltan. Uno tiene que ver con el Estado colombiano si fue fuerte, débil, o no existente en los años de la violencia y el criterio por el cual tales juicios pueden ser hechos. Algunos investigadores enfatizan sobre el aspecto económico del Estado y otros sobre sus esfuerzos por incorporar a los nuevos grupos sociales.

Una cuestión críticamente importante se centra en por qué la diferencia partidista llegó a convertirse en conflicto abierto a partir de la muerte de Gaitán en 1948, después de casi medio siglo de coexistencia pacífica. Algunos investigadores buscan la respuesta en la relación entre los partidos y el Estado. Pero los acuerdos o desacuerdos de las élites sobre la política económica y social y las áreas del enfrentamiento o colaboración de las élites son aún poco claras.

Otros investigadores, tratando de explicar el crecimiento de las tensiones partidistas, apuntan a la evolución interna de los partidos como resultado de los grandes cambios económicos y sociales. Aquí las cuestiones del grado de la movilización social, de si

48 Ver: León Zamosc, *Los usuarios campesinos y las luchas por la tierra en los años 70* (Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular/United Nations Research Institute for Development, 1982), publicado en inglés como *The Agrarian Question and the Peasant Movement in Colombia: Struggles of the National Peasant Association, 1967-1981* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986); Bruce M. Bagley, "The State and the Peasantry in Contemporary Colombia", Allegheny College, Monograph Series on Contemporary Latin American and Caribbean Affairs, no. 6, 1989; Francisco Leal Buitrago, "Structural Crisis and the Current Situation in Colombia", *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 14:28 (1989), 31-49; además de los trabajos sobre la violencia actual.

ésta tomó o no la forma de movimientos de clase, y la interacción mutua de afiliaciones de clase, de región, y de partido son relevantes. Los diferentes análisis de la significación del Gaitanismo se relacionan con este tema. Ellos enfatizan el papel del discurso político y de los símbolos y sugieren que las cambiantes imágenes que los sectores sociales y las regiones tuvieron unos de otros motivaron su comportamiento⁴⁹.

Mucha de la literatura sobre la política y la violencia busca explicar las causas de la violencia. Sólo prestando atención a los factores políticos de significación nacional podemos darle sentido a la simultaneidad de los conflictos regionales en 1948. Estos estudios también tienen mucho que decir acerca de lo que fue la violencia. En los años sesenta, algunos escritores interpretaron la violencia como un resurgimiento de los

odios de los partidos tradicionales. Otros, como Eric J. Hobsbawm, la vieron como una revolución social que fracasó⁵⁰. Y aún otros creyeron que la violencia fue una expresión de la resistencia de un campesinado tradicional contra la modernización⁵¹. La literatura revisada aquí deja a un lado tales interpretaciones unidimensionales, generando, en cambio, nuevas aproximaciones a lo que todos admiten fue un fenómeno extraordinariamente complejo.

Un tema presente en muchos de los trabajos de los años ochenta es que la violencia fue una reacción contra previos movimientos de clase y contra anteriores tentativas de inclusión populista. En la violencia, se les negaron a las clases populares los canales políticos necesarios para sus reivindicaciones: los movimientos sociales se volvieron desorganizados y fragmentados; y las clases

- 49 Recientemente varios investigadores norteamericanos han subrayado la importancia de tomar seriamente las diversas ideas políticas y visiones del mundo de colombianos de diversas clases sociales y ocupaciones, de áreas rurales y urbanas, y de muchas partes del país. A partir de estas investigaciones está empezando a surgir una concepción del "liberalismo popular" con profundas raíces y diversas manifestaciones regionales, similar de alguna manera al liberalismo popular que Guy Thompson, Florencia Mallon y otros han encontrado para México y Perú. Ver: Guy P. Thompson, "Popular Aspects of Liberalism in Mexico, 1848-1888", *Bulletin of Latin American Research* 10:3 (1991), 262-92; y Florencia Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (Berkeley: University of California Press, 1995). Sobre Colombia, véase Richard Stoller, "Liberalism and Conflict in Socorro, Colombia" (Ph.D. diss., Duke University, 1992); idem, "Alfonso López Pumarejo and Liberal Radicalism in 1930s Colombia", *Journal of Latin American Studies* 27:2 (Mayo 1995), 367-97; David Sowell, *The Early Colombian Labor Movement: Artisans and Politics in Bogotá, 1832-1919* (Philadelphia: Temple University Press, 1992); Gary Long, "The Dragon Finally Came: Industrial Capitalism, Radical Artisans and the Liberal Party in Colombia, 1910-1948" (Ph.D. diss., University of Pittsburgh, 1995); William John Green, "Popular Mobilization in Colombia: The Social Composition, Ideology and Political Practice of Gaitanismo on the Atlantic Coast and Magdalena River, 1928-1948" (Ph.D. diss., University of Texas at Austin, 1994); idem, "Vibrations of the Collective: The Popular Ideology of Gaitanismo on Colombia's Atlantic Coast, 1944-1948," *Hispanic American Historical Review* 76:2 (Mayo 1996), 283-311; Michael Jiménez, "The Many Deaths of the Colombian Revolution: Region, Class and Agrarian Rebellion in Central Colombia", *Occasional Papers on Latin America*, Institute of Latin American Studies, Columbia University, 1990, 1-27; y Marc Chernick y Michael Jiménez, "Popular Liberalism, Radical Democracy, and Marxism: Leftist Politics in Contemporary Colombia, 1974-1991", en Barry Carr y Steve Ellner, eds., *The Latin American Left: From the Fall of Allende to Perestroika* (Boulder: Westview, 1993), 61-81. Las investigaciones hechas por académicos colombianos sobre formas alternativas de sociabilidad política, movimientos laborales, y anarquismo a comienzos del siglo veinte también arrojan luz sobre esos temas. Véanse los artículos historiográficos de Fabio Zambrano P., Mauricio Archila, y Medófilo Medina en Bernardo Tovar Zambrano, ed., *Historia al final del milenio*.
- 50 Ver: Eric J. Hobsbawm, "The Revolutionary Situation in Colombia", *The World Today* 6 (Junio, 1963), 248-58; y "The Anatomy of Violence", *New Society* 28 (Abril, 1963), reimpresso en español como "La anatomía de 'La violencia en Colombia'", *Once ensayos sobre La violencia*, 11-24.
- 51 Ver: por ejemplo, Richard Weinert, "Violence in Pre-Modern Societies: Rural Colombia", *American Political Science Review* 60: 2 (1966), 340-47.

subordinadas se convirtieron en "víctimas", cuyas únicas defensas estaban en las afiliaciones partidistas.

Un segundo tema es el del éxito individual: la violencia abrió nuevas posibilidades para la movilidad política y económica para algunas personas. Enfocándose en las estrategias individuales, esta interpretación coincide con la anterior en negar que la violencia fue en algún sentido un movimiento de clase.

Todos están de acuerdo en que no podemos separar los aspectos políticos, socioeconómicos y culturales de la violencia. Ni podemos divorciar lo nacional y lo local, ni lo urbano y lo rural. Complicada, interactiva, con muchas y variadas expresiones, la violencia involucró a toda la sociedad. Los esfuerzos de los nuevos investigadores por definir sus tópicos bajo diferentes y creativas formas pueden eventualmente conducirnos a armar una representación más amplia de la violencia dentro de la trayectoria de la historia colombiana del siglo XX.

Claramente, muchas investigaciones están por hacerse. Algunas preguntas vienen a la mente, las cuales están tocadas apenas en estos estudios. Necesitamos saber más acerca de la cultura política liberal y conservadora a nivel local; más acerca del papel de la iglesia católica y de la religión; más acerca de si la migración durante la violencia debilitó los lazos partidistas al mismo tiempo que la amenaza a la vida y a la propiedad los fortalecía.

Más allá de preguntas específicamente colombianas, también necesitamos una perspectiva comparativa. Los temas del poder del Estado, del populismo, de la evolución partidista, de las reacciones de la élite, y de la integración nacional-departamental-local son también factores latinoamericanos. Entender qué fue general o particular en la forma de esos desarrollos es una necesidad para colocar a ese país en su lugar dentro del contexto latinoamericano y para arrojar nuevas luces sobre los orígenes y formas del más perplejizante de los eventos de la historia moderna colombiana la violencia.

APÉNDICE

Gaitán, la violencia y la interpretación histórica: Un diálogo con Herbert Braun

Extractos de una carta enviada por Herbert Braun a la autora, escrita el 15 de mayo de 1987 en respuesta a la versión preliminar del presente artículo.

“Te agradezco por haber incluido mi libro, *Mataron a Gaitán*, en tu ensayo, tanto porque lo escribí de una forma que hace difícil su interpretación y conexión con otros trabajos, y porque traté de no establecer relaciones causales directas entre lo que sucedía en mi texto y los difusos procesos de la violencia. Yo siento, al igual que tú, que no sabemos lo suficiente acerca de la violencia para poder hablar con autoridad sobre sus causas. Pero sí quiero que los lectores reflexionen acerca de las relaciones a las cuales yo aludo.

Eres muy amable al enviarme tu ensayo y solicitar mis reflexiones. Tengo algunas opiniones, pero quiero dejar claro que las estoy escribiendo como si se tratara de una conversación entre nosotros...

En *Mataron a Gaitán*, intento simplemente reintroducir la escena nacional. Tengo la esperanza de que los estudiosos de la violencia puedan de esta manera comprender mejor los nexos entre lo local y lo nacional de los cuales hablan tan eficazmente Ortiz y Sánchez-Meertens en sus trabajos. Pero mi mayor esperanza es que los lectores entiendan la ruptura en la política civil desde la perspectiva misma de los políticos, de Gaitán y de la población urbana.

Debo decir que los estallidos generalizados en 1948 de conflictos que habían sido más esporádicos durante los años precedentes, fueron posibles por la ruptura en la política civil al nivel nacional. La ruptura civil permitió a la violencia tomar fuerza (en forma generalizada), pero no la determinó en sí misma o en su forma, ni tampoco nos explica que fue la violencia. Hay aquí diferentes dinámicas en juego, una urbana y otra rural. O sea que afirmar que “La violencia fue el resultado del colapso gradual del antiguo orden político” no es errado, pero probablemente es una afirmación más fuerte de la que mi recuento de los hechos permite. Es demasiado fuerte en el sentido que implica, especialmente con la palabra “resultado”, que la ruptura urbana produjo la violencia. Yo trato de no decir eso. La frase puede también dar la impresión de que la violencia fue una reacción a las acciones de los políticos. Tiende a ubicar las luchas rurales en un contexto pasivo, de alguna manera determinadas estructuralmente. Las estructuras son un armazón del cual continuamente me intento escabullir.

Además, la palabra colapso da la idea de una disminución de los lazos entre los políticos nacionales y la población local, un distanciamiento de lo rural y lo urbano, una

finalización temporal de la política de partidos y de las afiliaciones partidarias. Estoy bastante seguro que vamos a continuar encontrando conexiones entre Bogotá y las capitales departamentales. Seguiremos localizando también luchas por el poder, por posiciones, por protección, por tierras y por facilidades de crédito como también encontraremos más gente identificada como liberales y conservadores. Si pensamos en los términos de Charles Tilly respecto a la distinción entre las teorías del colapso (una concepción más amplia que la que tú o yo estamos usando aquí) y las teorías de la solidaridad, deberíamos observar la violencia más en términos de ésta última y dirigiéndonos en dirección contraria a Oquist.

Es en este sentido que quiero decir que "la violencia fue el resultado de los esfuerzos de la élite por reimponer el antiguo orden político por medio de la fuerza" y de que fue un ataque de la élite contra el populismo. Pero no quiero decir que fue algún tipo de decisión explícita y conciente de su parte. Los políticos sufren ellos mismos crisis dolorosas, y también son actores históricos actuando ante circunstancias que no están enteramente bajo su control. Yo no quiero que la historia sea vista como la interacción entre villanos y víctimas, entre explotadores y explotados. Mi texto, espero, es un argumento en contra de tal visión dicotomizada y a fin de cuentas vulgar.

Esto me lleva a algunas consideraciones que no me has pedido expresamente. ...Yo no quise dar a los lectores la impresión de que Gaitán fue un líder demagógico que engañaba a grupos bajos proveyéndoles la ilusión del poder sin haber apoyado sus intereses reales.

Voy a exagerar a fin de ser más claro. Para muchos autores, incluidos algunos con los que discutes en tu artículo, existe lo correcto y lo incorrecto, siendo lo "correcto" aquello que podría ser definido como revolucionario, impulsando la historia en la dirección que coincide con la del autor. Lo

"incorrecto" sería todo lo que se desvía de ese camino, abortando dicha dirección, haciendo que la historia retroceda. Algunos ven a Gaitán como un reaccionario, o sea, incorrecto; otros lo ven como un radical, o sea correcto. Todo lo que es clase social es bueno y correcto, y lo que no, es malo e incorrecto. ¿Pero que tipo de clase? Bueno, siempre es aquella que los autores conciben como los buenos en la sociedad o los más oprimidos o explotados o potencialmente universales. Esos autores sólo perciben dos clases, la dominante y la dominada...

Yo he querido lidiar con este tema y con el estudio de la historia de una forma algo diferente. Tres cuestiones generales me vienen a la mente. Primero, trato de no ver la historia teleológicamente, ni al mundo como diádico. Por lo tanto mi intención ha sido siempre la de ver la historia colombiana como la hubieran visto sus actores, machacando en las mediaciones de modo de tener siempre tres, por lo menos tres, tres de todo, incluso tres actores principales.

Segundo, he querido tratar con el concepto de clase en una forma más amplia, menos definida, menos determinada y más difusa que lo usual en los estudios sobre Colombia. Pero el concepto de clase ha sido parte central de mis preocupaciones, tanto porque pienso que es un factor fundamental en la historia y también porque mis actores, especialmente las élites y Gaitán, miraban al mundo a través de un lente de clase social aunque, por supuesto, no exclusivamente. Quisiera argumentar que el concepto de clase abarca todo mi texto, no obstante soy considerado como historiador de la cultura, interesado en las dimensiones moral y psicológica de la vida social, o como historiador de las élites, o como lo has dicho bastante acertadamente (y pido disculpas que ésto aparezca como esencialmente verdadero) que mi trabajo es historia vista desde arriba. Para expresarlo de una forma más audaz, he querido tratar el concepto de clase de una manera menos mecánica.

Finalmente, creo que el conflicto es la "materia prima" con la cual está hecha la historia. Sin embargo esos conflictos no son meramente entre dos clases, sino entre muchos estratos socioeconómicos de la sociedad, diversas clases sociales o clases en surgimiento e incluso al interior de una misma clase social, grupo, élite, o lo que sea. Así es que estoy particularmente interesado en los conflictos al interior de cada uno de mis tres actores más importantes, tensiones que se han desarrollado dentro de la élite política, de Gaitán y de la muchedumbre. Intento encontrar una "dialéctica" de la vida pública, descubrir las tensiones internas que tienden a erosionarla. Así es que veo, como pienso que Gonzalo Sánchez hace a veces, las diferentes ideas que los líderes de los dos partidos políticos tienen del papel y del lugar de sus seguidores como una cuestión ideológica, una división significativa, y no simplemente como una cuestión menor de práctica política. Incluso encuentro diferencias considerables en el estilo de los líderes de ambos partidos, diferencias que son la expresión de diferentes visiones del mundo, diferentes perspectivas económicas. Busco los conflictos engendrados a través del compromiso, de la convivencia. Si el conflicto gobierna los procesos históricos, el consenso no puede estar exento de problemas...

Lo que me interesa particularmente en el estudio del conflicto en la historia no es cómo se acentúa sino cómo es suavizado en la sociedad, quizás a través de mediaciones, o bajo formas de legitimación, la aceptación de la desigualdad, de la explotación, etc. En lugar de ofrecernos líneas austeras, el conflicto histórico nos presenta una imagen más bien blanda. Para ser justo, debo decirte que como ciudadano no estoy interesado en la acentuación del conflicto a mi alrededor. No soy un socialista en busca de una revolución y no me gustaría presenciar una revolución socialista en Colombia.

Ahora bien, Charles Bergquist tiene razón en lo fundamental. Y tú también. Bergquist, tú, Carlos Ortiz y tal vez yo podemos

estar conectados en una forma más directa y obvia que la que aludes: "...preocupaciones pequeñoburguesas fueron de hecho las aspiraciones compartidas por los sectores medios y bajos de la sociedad colombiana." Sin duda. Pequeña propiedad en una sociedad con un mercado regulado es de lo que se trataba en la Colombia de los 1930s y 1940s: esos jóvenes profesionales que Ortiz describe, esos intermediarios, los pequeños y aguerridos propietarios cafetaleros de los cuales escribe Bergquist, tus colonos, tal vez incluso los bandidos de Gonzalo Sánchez aunque no lo veo a él haciendo esas conexiones. Sin duda, si pensamos en esa dirección, todos nosotros podemos alejarnos de la dicotomía clientelismo/autonomía, de ese mundo blanco o negro.

Pequeña propiedad, dignidad, individualidad, esa es la utopía que absorbe la imaginación de aquellos que tienen una pequeña propiedad, aquellos que están cerca de ella (especialmente en el campo), y aquellos que sólo pueden vender su mano de obra en el mercado. Es una noción de clase. Eso es Gaitán, y ése es el Gaitán pequeñoburgués que trato de retratar. Más que un populista por encima de la política, él representa esa pequeña pero creciente y diversa clase social. Por eso es que se dirigió primero hacia el campo a comienzos de los treinta para representar a aquellos que estaban a punto de obtener propiedades por mérito propio.

Gaitán introduce abiertamente la idea de clase social en Colombia. Sin duda él "indica el comienzo de la política basada en clase social en Colombia". Eso engendra conflicto. En los 1940s se ven algunos movimientos de clase. Conflicto de clase, pero no el que estamos acostumbrados a ver, entre la burguesía y el proletariado, sino entre grandes propietarios y financieros contra una creciente pequeña-burguesía. No creo que las clases altas y la élite política vieron a Gaitán de otra forma que como un reformista "pequeñoburgués". Así es precisamente como lo veían y por eso era tan amenazante.

Muchos de aquéllos políticos venían de extracciones similares para representar todo un orden social a través del cual los intereses de una “burguesía” podían encontrar su mejor expresión. Gaitán estuvo muy cerca de ellos porque sus ideales representaban una clase social que no estaba tan alejada, en la medida que sus preocupaciones sobre la propiedad eran similares. He tratado de desarrollar este conflicto en los diferentes estilos de política de los que yo denomino “convivialistas” y de Gaitán. El reformismo pequeñoburgués era una amenaza de clase. Estaba alejando al pueblo de forma efectiva de la visión que los políticos tenían de la sociedad, o sea convirtiendo su propia vida pública en algo bien difícil de practicar. Esta política pequeñoburguesa estaba cambiando el pueblo que la élite y los políticos veían a su alrededor. ¿Cómo eran y de qué manera podían ser controlados? ¿Podría controlarlos Gaitán? ¿Podían ellos apoyarse en Gaitán para hacerlo? Ambos estaban “compitiendo por el apoyo de las clases bajas”, como escribes en un contexto diferente.

Si estas preocupaciones pequeñoburguesas son tan centrales como parece que todos nosotros pensamos que lo son, deberíamos liberarnos de la condena automática que hacemos hacia “la pequeña burguesía”. En Colombia, como en cualquier otra parte de América Latina, el término es usado peyorativamente incluso más aún que el término “burguesía”. Las preocupaciones pequeñoburguesas no deben ser condenadas a priori, aún cuando Marx pensaba que fueran transitorias, inevitablemente reaccionarias y contradictorias.

El que Gaitán haya introducido las clases en la política, no quiere decir que promovió la conciencia de clase de los obreros y los campesinos. Semejante visión hubiera contradicho sus propios intereses de clase. Hubiera sido un suicidio histórico. El promovió a obreros y campesinos como propietarios potenciales, como miembros de una sociedad en la cual ellos debían ser tratados como individuos dignos. En lugar de un in-

dividuo de “limitadas capacidades conceptuales que simplemente no pudo imaginar formas organizativas alternativas”, intento presentar a Gaitán como un político imaginativo de la pequeña burguesía y sus valores históricos. Ningún arreglo alternativo convenía a sus intereses. Él fue un liberal sincero porque el liberalismo de ningún modo contradecía su visión de la sociedad. De hecho, lo confirmaba. El liberalismo tiene sentido para la burguesía y para la pequeña burguesía e incluso para obreros y campesinos cuando las clases propietarias pueden expresar esos ideales liberales de una forma tal que aquéllos sin propiedad puedan sentir que ellos también podrán algún día participar de ese mundo. ¿No es acaso la esencia de lo que es los Estados Unidos? ¿Competencia por el apoyo de las clases bajas?

Entonces, Gaitán no engañó a sus seguidores. Tampoco fue un representante de los obreros como obreros, o de los campesinos como campesinos. Pienso que Gaitán representó sus aspiraciones pequeñoburguesas. ¿Quién soy yo para decir que esos no eran sus intereses reales en la Colombia de los 1940s? Gaitán estaba en sintonía con sus seguidores y eso aterrorizó a las élites. Pécaut tiene razón al decir que Gaitán “negó la posibilidad de que organizaciones de base (obreras y/o campesinas)” emergieran, pero sólo en un sentido extra histórico a partir del cual dichas formas de organización habrían surgido si Gaitán no hubiera sido un actor histórico en los 1940s. A mi modo de ver, esa posibilidad no existió. Es un absurdo pensar que hubiera sido posible. ¿Por qué deberíamos creer que hubiese sido posible? ¿Porque Marx lo dijo? No podemos seguir estudiando la historia como nos gustaría verla o en términos de lo que no pasó y nos gustaría que hubiese sucedido.

Todo esto para decirte que no creo que Gaitán haya engañado a sus seguidores. Probablemente, hasta llegaría a decir que nadie puede llegar a ser líder timando a sus seguidores. Concluyo que sus seguidores hubieran ganado con él. “En esa alianza de

clase, era mucho lo que podían esperar los integrantes del pueblo que carecían de propiedad, los obreros y los campesinos⁵². Muchos de ellos ciertamente lo creían. Si el Gaitanismo fue un gran movimiento por el cambio social o no, depende de qué entendemos por “gran” y por “cambio social” y de cuáles son nuestras respectivas agendas políticas. Indudablemente, no fue una “amenaza revolucionaria en el sentido contemporáneo del término,” pero entonces esos no eran los sentidos que esa palabra tenía para muchos de los actores de los 1940s. De haber vivido Gaitán, como sostengo en la conclusión, siguiendo las convicciones de algunos de los actores del texto, la violencia tal como la conocemos no hubiera tenido lugar. ¡Oh, si Gaitán hubiera vivido!! No hubiera anunciado ningún paraíso — ni el fin de la explotación, ni de la pobreza, ni del mercado. Pero hubiera habido mucha más civilidad, y habría muchas más vidas aún con nosotros. El Gaitanismo no representa diferencias revolucionarias para nosotros los académicos, pero sin duda pudo haber representado diferencias revolucionarias en las vidas de muchos de aquellos que vivieron, fueron afectados o murieron en la violencia. Ellos son los que cuentan. Es su historia.

Para ir más allá de esto, de mi texto a lo que tu dices sobre mis colegas: estoy impresionado por lo que Pécaut, Sánchez, Ortiz y yo tenemos para hablar sobre la relación entre líderes y seguidores. Ese, por supuesto, es un tema central de mis preocupaciones... “nosotros y los otros”.

Es “la antigua y persistente pregunta de cuál va a ser el papel de las clases bajas en la política y la sociedad”. Absolutamente. En la medida que comenzamos a enfocarnos más y más en esa pregunta, volvemos a

las consideraciones sobre actitudes, creencias, cultura, política y otras; a concepciones de la buena sociedad, de moralidad. Retornamos a las preocupaciones culturales que comparten el mismo mundo que aquellos que definieron los escritos sobre la violencia antes (y después) de que EL LIBRO (*La violencia en Colombia: Estudio de un proceso social* de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna) fuera publicado en 1962. Esa literatura fue magistralmente superada por Oquist en la introducción de su libro. Estamos volviendo a la acción, voluntad, agencia, individuos y eventos. Pero ahora, contrariamente a los 1950s y 1960s, todos estamos tratando de describir a los sectores medios y bajos como individuos que saben quiénes son, individuos que saben defenderse y salir adelante, que son racionales, calculadores y discriminadores. Antes, el pueblo colombiano era visto como patológico, ahora como heroico. Nos deberíamos cuidar de ambos extremos.

Si, estoy enteramente de acuerdo contigo que en este nuevo contexto lo que se necesita es más trabajo sobre la cultura política a nivel local, pero sin perder nunca de vista las conexiones con la escena nacional. Tal vez lo que hace falta es establecer conexiones entre los “hombres cívicos” que Carlos Ortiz describe y los “convivialistas” que yo retrato. Todo eso está comenzando a salir a la luz. Ortiz y Sánchez-Meertens trazaron el camino. Necesitamos grabaciones, historia oral, testimonios antes de que nuestros sujetos mueran. Muchos de ellos han estado muertos durante un largo tiempo. Ese es un trabajo que yo no puedo hacer. Debe ser legado a aquellos que conocen y que son conocidos en las áreas locales, a aquellos que no son forasteros...”.

